

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

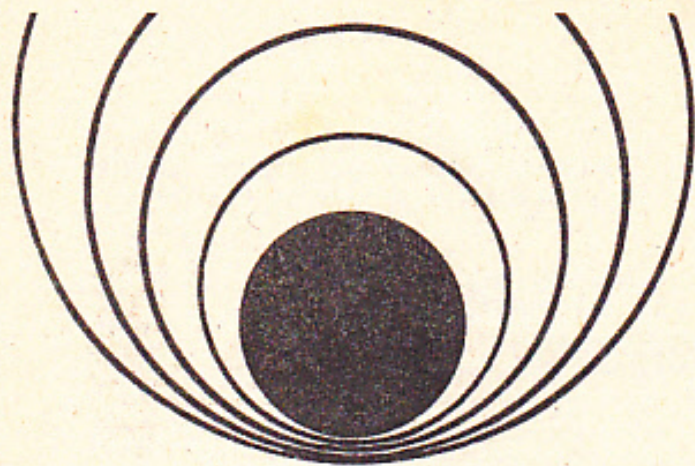
BOLSILIBROS

T POLICÍACO

RUBIA Y ASESINA

Joseph Berna





PUNTO ROJO



JOSEPH BERNA
RUBIA Y ASESINA

Colección PUNTO ROJO n.º 1.156
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.766 — La espía que me odiaba.

En Colección KANSAS:

1.325 — El gigante de Kentucky.

En Colección COLORADO:

841 — Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

693 — Un marido del Este.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

631 — El regreso de Tommy Ralston.

En Colección PUNTO ROJO:

1.153 — La chica del Royal Club.

En Colección CALIFORNIA:

1.413 — El rey del póquer.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

ISBN 84-02 02520 X Depósito legal: B. 28-313-1984

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: septiembre, 1984

1.a edición en América: marzo. 1985

© Joseph Berna - 1984

texto

© Fabá 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITC IAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N 152, Km 21,650) Barcelona –
1984

CAPITULO PRIMERO

Edmon Schell, de cuarenta y cinco años de edad, estatura media, constitución delgada, ojos vivos y nariz aguileña, regresaba a Chicago en su coche, un magnifico «Cadillac» azul.

Podía permitirse el lujo de tener un «Cadillac» último modelo, y muchas casas más, porque era un hombre rico. Su fábrica de salchichas, pequeña y modesta al principio, había ido creciendo y adquiriendo categoría con sorprendente rapidez.

Y no había sido fruto de la casualidad, sino gracias a las continuas iniciativas de Edmon Schell, un hombre activo, dinámico e inteligente como pocos.

Servía para llevar adelante un negocio, lo había demostrado con creces. Y esa habilidad suya era la que le había hecho rico en sólo unos años.

Edmon Schell, que vestía impecablemente, como siempre, iba tarareando una canción. Se sentía alegre y feliz, porque su viaje de negocios a tres ciudades importantes había resultado altamente productivo.

Su portafolios iba repleto de pedidos.

¡Y qué pedidos!

La fábrica no tendría más remedio que acelerar el ritmo de producción para poder servir todos aquellos pedidos en las fechas acordadas.

Edmon Schell se estaba diciendo que eso no sería ningún problema, cuando, de repente, descubrió a una mujer en la carretera haciendo señal de *auto-stop*.

Era joven, tenía el cabello rubio, y unas piernas maravillosas, que los brevísimos *shorts* color naranja le permitían exhibir totalmente. Le quedaban al descubierto, incluso, dos o tres centímetros de trasero.

¡Y qué trasero, madre!

Alto, redondo, macizo...

Edmon Schell, naturalmente, detuvo su «Cadillac».

Sólo un tonto hubiera despreciado la oportunidad de subir en su coche a un bombón como aquél. Y es que la chica no sólo estaba tremenda de cintura para abajo.

Su busto, por ejemplo, era algo sensacional.

Pleno, erguido, descarado...

La chica llevaba una camiseta roja, de tirantes, y por su generoso escote asomaban, incitantes, sus soberbios senos. Y lo que no estaba a la vista lo dibujaba la camiseta con todo detalle.

Y, por si no fuera suficiente, la chica tenía unos preciosos ojos

azules, grandes y picaros, la nariz pequeña y graciosa, y una boca tremendamente sensual, casi lasciva, que invitaba no solamente al beso, sino al mordisqueo... y a varias cosas más, aún más eróticas y excitantes.

De su hombro izquierdo colgaba un bolso grande y moderno. Y no llevaba zapatos, sino botas de media caña, muy modernas también.

La chica, desde luego, estaba al día.

Edmon le abrió la puerta y dijo:

—Sube, preciosa.

—Muchas gracias —sonrió la belleza rubia, y se introdujo en el «Cadillac».

Edmon le miró las piernas.

Era una tentación tenerlas tan cerca y tuvo que frenar su mano derecha, que parecía haberse cansado de aferrar el volante y prefería posarse en los torneados muslos femeninos.

—Me llamo Marnie —dijo la chica.

—Yo Edmon; Edmon Schell —respondió el fabricante de salchichas, apartando los ojos de los excitantes remos de la rubia.

—Ha sido muy amable al detenerse, señor Schell.

—Lo he hecho con mucho gusto, te lo aseguro. No siempre tiene uno la oportunidad de subir en su coche a una mujer tan joven y tan hermosa como tú.

—Gracias.

—¿Cuántos años tienes, Marnie?

—Veintidós.

—¡Qué suerte!

—¿Por qué lo dice?

—Porque yo tengo cuarenta y cinco.

—No los aparenta en absoluto.

—¿Tú crees...?

—Nadie le echaría más de cuarenta.

Edmon rió.

—¿Sabes que eres una chica muy simpática, Marnie?

—También soy agradecida.

A Edmon le pareció que aquello era una clara insinuación y sintió un cosquilleo en la sangre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Me ha hecho usted un favor, recogíendome en la carretera, y estoy dispuesta a pagárselo.

—¿Cómo?

—Para empezar, con un beso —respondió la rubia, y se lo dio.

En los labios, naturalmente.

El cosquilleo sanguíneo de Edmon se acentuó.

Los labios de Marnie sabían deliciosamente.

Y besaban de bien...

La mano derecha de Edmon no pudo contenerse por más tiempo y abandonó el volante, posándose en los desnudos muslos femeninos. Los acarició y los oprimió con avidez.

Marnie retiró su boca y lo miró a los ojos, con un brillo malicioso en los suyos.

—¿Le ha gustado el beso, señor Schell?

—Mucho.

—Y también le gustan mis piernas, por lo que veo.

—Todo lo tuyo me gusta, Marnie.

La rubia alzó los brazos y se los pasó por el cuello, con la suavidad de una gata.

—Usted a mí también me gusta, Edmon. ¿Me permite que le llame así...?

—Claro. Y tutéame, si quieres.

—Lo prefiero, Edmon —sonrió Marnie, y volvió a besarle expertamente.

El fabricante de salchichas le devolvió el beso con pasión.

Una pasión que aumentaba por segundos.

Abrazó a la rubia con fuerza, le introdujo la mano por debajo de la delgada camiseta, y le acarició la espalda, cálida, suave, maravillosa, como todo lo suyo.

Naturalmente, no se conformó con eso. Deslizó la mano hacia el pecho de Marnie y alcanzó sus rotundos senos, que también acarició y oprimió ávidamente, como si se le acabara el tiempo.

La rubia le dejó hacer sin emitir la más leve protesta. Evidentemente, era una chica agradecida.

¡Y tan agradecida!

¡Se lo consentía todo!

¿Accedería, también, a hacer el amor con él...? Edmon, desde luego, estaba dispuesto a proponérselo.

¿Cómo no, con las facilidades que ella le estaba dando...?

Marnie interrumpió el beso y preguntó:

—¿Eres casado, Edmon?

—Sí.

—¿Te impedirá eso hacer el amor conmigo?

Edmon casi da un brinco de alegría.

¡La propia Marnie le proponía hacer el amor!

¡Era fantástico!

—Desde luego que no —respondió, nervioso.

—Conozco un lugar ideal. Y no está lejos de aquí. —Vamos, pues.

—Pon el coche en marcha. Yo te indicaré.

—No sé si podré conducir.

—¿Por qué?

—He perdido una mano. La derecha.

La rubia rió.

—Está debajo de mi camiseta, acariciando mis pechos.

—¡Qué atrevida! —rió también Edmon, y retiró su mano del pecho de Marnie.

Puso el «Cadillac» en movimiento y lo llevó por donde la rubia le indicó, hasta llegar a una pequeña pero bonita cabaña de troncos que se levantaba junto a una charca de agua muy limpia, en la que apetecía bañarse.

—¡Qué lugar tan fantástico! —exclamó Edmon, cuando detuvo el coche.

—Sabía que te gustaría —sonrió Marnie—. Salgamos.

Descendieron los dos del «Cadillac».

—¿De quién es esta cabaña? —preguntó Edmon.

—Mía. La heredé de un pariente —explicó la rubia.

—¡Me encanta!

—A mí también.

—¿Entramos?

—Después.

—¿De qué?

—De darnos un baño en la charca.

—¿Nos vamos a bañar...?

—¿No te apetece, Edmon?

—Sí, pero es que...

—No llevas bañador, ¿eh?

—Exacto.

—Mejor. Yo tampoco lo llevo. Y, aunque lo llevara, no me lo pondría, porque me gusta bañarme desnuda —confesó la rubia, con gesto malicioso.

Y, acto seguido, se despojó de la roja camiseta de tirantes y quedó con los pechos al aire.

Edmon se quedó paralizado, mirándolos con ojos agrandados.

—¡Vamos!, ¿a qué esperas...? —exclamó Marnie—, ¡Quítate la ropa, no seas vergonzoso!

Edmon reaccionó y empezó a desvestirse con rapidez.

Segundos después, estaba en slip.

La rubia, ni eso.

Se había quitado las botas y los descarados *shorts*, y como no llevaba nada debajo de éstos estaba completamente desnuda.

—¡Venga, fuera eso también! —dijo Marnie.

Edmon sonrió nerviosamente y se despojó del slip, quedando tan desnudo como ella.

Entonces, la rubia se agachó y abrió su bolso, que había dejado en

el suelo antes de empezar a desvestirse, y extrajo un revólver de cañón corto, calibre 38, provisto de silenciador.

CAPITULO II

Alex Murdock, detective privado de profesión, iba siguiendo en su coche, un «Ford» gris, al «Alfa-Romeo» que conducía Sylvia Grenfell, la mujer cuyos pasos debía vigilar.

El «Alfa-Romeo» se detuvo frente a lo que parecía ser un viejo garaje cerrado. Murdock detuvo también su «Ford», a una cierta distancia, y esperó.

Sylvia Grenfell descendió del «Alfa-Romeo».

Era una mujer alta, bien formada, elegante. Tenía el cabello rojizo, brillante y sedoso, los ojos verdes, los pómulos marcados, y los labios perfectamente trazados.

Había cumplido ya los treinta años, pero no aparentaba más de veintisiete o veintiocho. Llevaba un precioso vestido color ámbar, liviano y sensual. Los zapatos, de fino tacón, combinaban con el vestido, lo mismo que el elegante bolso que llevaba en las manos.

Sylvia Grenfell echó una mirada a su alrededor, como para asegurarse de que no estaba siendo vigilada por nadie, y después penetró en el viejo garaje.

La puerta no estaba cerrada con llave, por lo que la distinguida pelirroja no tuvo necesidad de llamar. Una vez dentro, volvió a cerrar la puerta.

Alex Murdock salió de su coche y caminó hacia el viejo garaje.

Era un tipo alto, fuerte, atlético. Tenía treinta y dos años, el pelo negro, y las facciones correctas. Vestía traje oscuro y camisa clara, de cuello abierto.

Alcanzó el garaje y aplicó el oído a la puerta, pero no pudo detectar sonido alguno. En el viejo garaje parecía reinar el silencio.

El detective privado no pudo resistir la tentación de abrir la puerta, aunque sólo unos centímetros. Lo suficiente para aplicar el ojo y echar una mirada al local.

No vio a nadie, pero brotaba una luz del fondo del garaje, por una puerta entornada. Debía de ser la oficina. Y, en ella, debía encontrarse Sylvia Grenfell.

¿Con quién...?

Era lo que Alex Murdock quería averiguar, así que abrió más la puerta, suave y silenciosamente, y se coló en el viejo garaje. Cerró en seguida la puerta, con el mismo cuidado, y avanzó sigilosamente hacia el fondo del local.

Alcanzó la oficina y miró por la entornada puerta.

Efectivamente, Sylvia Grenfell estaba allí, sentada en una silla. Había encendido un cigarrillo y tenía las piernas cruzadas.

El cruce era de los buenos.

Y las piernas, de las mejores.

El detective estaba admirando la perfección de las extremidades inferiores de la elegante pelirroja, cuando, de pronto, un objeto contundente percutió en su cráneo

Fue un golpe seco, duro, preciso.

Murdock emitió un ronco gemido y se desplomó, empujando la puerta de la oficina con su cuerpo y dejándola totalmente abierta. Entonces pudo verse que Sylvia Grenfell estaba sola, pero el detective privado no se enteró.

Había perdido el conocimiento.

* * *

Cuando Alex Murdock volvió en sí, se encontró en la oficina del viejo garaje, atado a una silla. Le habían despojado de la chaqueta y arrebatado el revólver, calibre 38, que solía llevar en una pequeña funda acoplada al cinturón.

Sylvia Grenfell seguía sentada en su silla y mantenía el descarado cruce de piernas que acaparara totalmente la atención del detective privado antes de ser golpeado.

Murdock vio que la pelirroja tenía en las manos su licencia de detective privado. La estaba observando, pero dejó de hacerlo al darse cuenta de que el detective había recobrado el sentido.

—Hola, señor Murdock —dijo, con una sonrisa entre sensual y burlona.

Alex, antes de responder, echó una ojeada a los dos tipos que le flanqueaban. Eran grandotes, corpulentos, musculosos.

Dos auténticos gorilas.

El que tenía a su derecha se había dejado crecer demasiado las patillas. El otro, el que estaba a su izquierda, tenía una fea cicatriz en su mejilla derecha, producto, al parecer, de una cuchillada o un navajazo, asestado con muy malas intenciones.

—¿Cuál de los dos me atizó en el coco? —preguntó el detective.

—Yo —respondió el de las patillas exageradas.

—Me debes una, compadre.

El patilludo le soltó un duro revés y dijo:

—Ya son dos.

—Yo también quiero deberle algo —habló el tipo de la cicatriz, y le estrelló el puño en el pómulo.

El detective, que había encajado el revés y el puñetazo sin dejar escapar el más leve quejido, volvió a escrutar al par de gorilas y

dijo con ironía:

—Veo que sois muy valientes, ¿eh? Porque hay que tener muchas agallas para golpear a un hombre que está atado a una silla, totalmente indefenso.

Los tipos hicieron ademán de golpearle de nuevo, enfurecidos por sus palabras, pero Sylvia Grenfell los detuvo:

—Quietos, muchachos.

Los gorilas obedecieron, aunque de mala gana.

—No le conviene irritar a Thick y Raoul, señor Murdock —advirtió la pelirroja.

—Son dos malas bestias, ¿verdad?

—Dos tipos duros, diría yo.

—Suenan más fino.

Sylvia Grenfell emitió una risita.

—¿Por qué vigila todos mis movimientos, señor Murdock?

—¿Quién ha dicho que la vigilo?

—Oh, vamos, no trate de negarlo, sería ridículo por su parte. Hace varios días que me sigue.

—Imaginaciones tuyas.

—Es usted detective privado, señor Murdock. ¿Va a negarlo también, pese a tener en mis manos su licencia...?

—No.

—¿Para quién trabaja? ¿Quién le pidió que siguiera todos mis pasos?

—Nadie.

La pelirroja chasqueó la lengua.

—Ese no es el camino, señor Murdock. Le conviene contármelo todo. Si se obstina en guardar silencio, no tendré más remedio que pedirles a Thick y Raoul que le tiren de la lengua.

—Mientras sólo me tiren de ahí... —murmuró Alex

Sylvia Grenfell rió.

—Me cae usted bien, señor Murdock.

—Gracias.

—No quisiera verle con la cara desfigurada, créame

—No sería la primera vez.

—Le han dado ya varias palizas, ¿eh?

—Sí, algunas. Pero yo también he dado unas cuantas, ¿eh? Lo que no he hecho nunca es golpear a alguien que está atado a una silla. Sentiría un complejo de cobarde...

Los tipos que le flanqueaban hicieron nuevamente ademán de atizarle, pero Sylvia Grenfell los detuvo por segunda vez:

—Calma, muchachos. Ya os diré yo cuándo debéis empezar a sacudirle.

—Son un par de angelitos —dijo Alex, irónico.

—Se lo ruego, señor Murdock —insistió la pelirroja—, Dígame para quién trabaja.

—En la actualidad, para nadie. Resolví el último caso hace ya casi una semana.

—¿Por qué me sigue, entonces?

El detective bajó la mirada y la posó en las formidables extremidades inferiores de Sylvia Grenfell.

—Me enamoré de sus piernas.

—Oh, vamos...

—Es la verdad. Son realmente fascinantes. Y, como no tenía nada que hacer, me dediqué a seguirla, para continuar admirando la belleza y perfección de sus miembros inferiores.

La pelirroja movió la cabeza, riendo.

—Agradezco sus piropos, señor Murdock, pero sé que no me ha venido siguiendo por mis piernas. Es más, creo saber quién le contrató para que vigilara todos mis movimientos.

—¿De veras?

—Fue Howard, ¿verdad?

—¿Quién es Howard?

—Mi marido. Y me consta que usted lo sabe.

—Se equivoca. Ni siquiera sabía que era casada. Y lo único que puedo decir, es que envidio al tal Howard. Es el dueño de sus esculturales piernas... y de todo lo demás, que tampoco es moco de pavo —respondió Alex, fijando la mirada en el altivo busto de Sylvia Grenfell, generosamente exhibido.

La pelirroja sonrió, halagada.

No obstante, advirtió:

—Sus galanterías no le librarán del castigo, señor Murdock. Si no confiesa...

—Me soltará los perros, ya lo sé —la interrumpió el detective, mirando a la pareja de gorilas.

Los tipos apretaron las mandíbulas, rabiosos.

—¿Empezamos a sacudirle ya? —preguntó Thick, que era el de la fea cicatriz en la mejilla.

—Yo me muero de ganas —confesó Raoul, el patilludo.

Sylvia Grenfell lanzó un suspiro.

—Lo siento, señor Murdock, pero no me deja usted alternativa. Adelante, muchachos —indicó a la pareja de matones.

Thick y Raoul empezaron a descargar sus puños sobre el rostro, el pecho, y el estómago del detective privado.

CAPITULO III

Edmon Schell se había quedado helado.

Y no porque se hubiera quitado toda la ropa, pues la temperatura era de lo más agradable. La causa de su repentino frío la tenía la pistola que había extraído la rubia y también desnuda Marnie de su bolso, porque apuntaba a su pecho.

—¿Qué significa esto...? —preguntó el fabricante de salchichas, con voz trémula.

—Le voy a matar, señor Schell —respondió la rubia, con una frialdad que erizaba el vello.

Edmon tuvo un fallo cardíaco.

—¿Matarme...? —galleó, con ojos espantados.

—Eso he dicho.

—¿Por qué...?

—Me cae usted mal.

—¿Y ésa es razón suficiente para liquidarme...?

—Para mí, sí. Cuando alguien no me resulta simpático, me lo cargo.

—¡Estás loca!

—¿Usted cree...?

Edmon, que temblaba como si se hallara encerrado en una cámara frigorífica, balbuceó:

—Marnie, en el coche dijiste que te gustaba...

—¿Gustarme usted a mí...? ¡Ay, qué risa, Eloísa!

—¿Por qué lo dijiste, entonces?

—Para traerle a este lugar.

Edmon tragó saliva con dificultad.

—Soy un hombre rico, Marnie.

—Ya lo supongo. Si no lo fuera, no tendría un «Cadillac» último modelo. Además, viste usted con elegancia. Se nota a la legua que está «forrado».

—Te daré dinero, si guardas ese revólver.

—¿Cuánto?

—Todo el que llevo encima. Casi diez mil dólares.

—¿Encima...? ¡Si está desnudo como un gusano! —recordó la rubia, riendo.

Edmon tosió.

—En la cartera, quise decir.

—¿De veras lleva casi diez mil pavos...?

—Sí.

—Bueno, los cogeré cuando me lo haya cargado.

El músculo cardíaco del fabricante de salchichas volvió a fallar.

—Marnie, por favor... —gimió.

—¿Qué?

—No me mates. Tengo esposa y tres hijos...

—Por eso me cae mal.

—¿Te molesta que esté casado...?

—¡No, en absoluto! —respondió la rubia—. Lo que me molesta es que, siendo casado y padre de tres hijos, bese con fogosidad a una chica que por la edad podría ser su hija, le toquetea los muslos como si fuera la primera vez que pone las manos en las piernas de una mujer, y le meta la mano por debajo de la camiseta para estrujarle los senos con la pasión de un adolescente.

Edmon carraspeó.

—Tú me incitaste a ello, Marnie.

—Es cierto, lo hice. Quería saber qué clase de hombre era. Y ya lo sé. ¡Es usted un cerdo, señor Schell!

—Marnie, no creas que yo actúo siempre así.

—¿No...?

—Te lo juro. Lo que pasa es que tú eres tan hermosa y tan deseable, que...

—¡No mienta, señor Schell! ¡Usted engaña a su mujer siempre que tiene ocasión!

Edmon sacudió la cabeza.

—No, no, estás equivocada —respondió, aunque era cierto que de vez en cuando engañaba a su esposa.

—¿Seguro...?

—Te doy mi palabra, Marnie.

—Bueno, tampoco importa. Me sigue cayendo usted mal y me lo voy a cargar de todas formas.

—¡Te firmaré un cheque si me dejas con vida!

—¿Por cuánto? —preguntó la rubia.

—¡Veinticinco mil dólares!

—Es poco.

—¡Cincuenta mil!

—Quiero cien mil dólares. ¿Está de acuerdo...?

—¡Sí!

—Pues firmando, que es gerundio.

—Me vestiré primero, ¿eh?

—No, va a seguir en cueros.

—¿Por qué?

—Me gusta verle desnudo. Es usted tan poquita cosa... Lo que más tiene, es nariz. Su apéndice nasal es mayor que su apéndice sexual.

Edmon enrojeció de vergüenza.

—No te burles, Marnie. Sé que no podría triunfar en un concurso de atributos masculinos, pero tampoco es como para mofarse. Lo

que sucede es que, con el susto de que me ibas a matar...

—Ya.

—Me pondré sólo el slip, ¿vale?

—No.

—Qué sádica eres.

La rubia rió.

—Yo también estoy desnuda, ¿no?

—Sí, pero...

—Vamos, extienda el cheque, que no quiero perder más tiempo con usted.

—Está bien.

—¿Dónde tiene el talonario?

—En la chaqueta.

—Sáquelo con cuidado, ¿eh? Al menor movimiento sospechoso le doy al gatillo y le vuelo lo poco que tiene de hombre.

Edmon encogió instintivamente las piernas y se protegió sus órganos masculinos con las manos.

—Eres un auténtico demonio, Marnie.

La rubia volvió a reír, porque gozaba con el terror del fabricante de salchichas.

—Venga, saque el talonario de cheques.

Edmon se agachó, metió su mano derecha en el bolsillo interior de la chaqueta, y sacó el talonario y su pluma estilográfica.

—Al portador, ¿verdad? —preguntó.

—Naturalmente —respondió Marnie.

Edmon extendió el cheque, lo arrancó del talonario, y se lo ofreció a la rubia.

—Toma.

Marnie lo cogió con su mano izquierda, sin dejar de apuntarle con el revólver, y retrocedió dos pasos. Después echó un rápido vistazo al cheque y dijo:

—Como ésta no sea su firma verdadera...

—Lo es, te lo aseguro.

—Le creeré, señor Schell.

—¿Puedo vestirme ya?

—No, lo hará cuando yo me haya largado.

Edmon respingó.

—¿En mi coche...?

—No, tranquilícese. Tengo el mío cerca de aquí. —Entonces, lo de hacer *auto-stop*...

—Una forma como otra cualquiera de ganarse la vida.

—¿Qué estúpido fui.

—Abra el maletero de su coche, señor Schell.

—¿Para qué?

—Lo voy a encerrar en él.

Edmon respingó de nuevo.

—¿Qué...?

—Vamos, obedezca.

—¡No puedes encerrarme en el maletero, Marnie! ¡No podré salir de él!

—Claro que podrá. Le costará un poco, pero lo conseguirá.

—¡No podré respirar! ¡Me asfixiaré!

—Yo me encargaré de que eso no suceda, descuide.

—¿Qué piensas hacer?

—Un par de agujeros de bala. Por ellos entrará el aire que necesita para seguir respirando.

Edmon, muy nervioso, sugirió:

—¿Por qué no me encierras en la cabaña?

—El maletero de su coche es más seguro. Vamos, ábralo de una condenada vez.

Edmon no tuvo más remedio que obedecer.

—Métase en él —ordenó la rubia.

—¿Con mi ropa?

—Sin ella.

—Pero...

—¡Obedezca, maldita sea!

Edmon se apresuró a meterse en el maletero, donde cabía perfectamente, porque era espacioso y él no abultaba demasiado.

Y, menos aún, desnudo.

La rubia sonrió y dijo:

—Buen chico.

—No te olvides del par de agujeros para que entre el aire, Marnie —carraspeó Edmon.

—En seguida me ocupo de eso —respondió la rubia, y efectuó un par de disparos.

Desgraciadamente para Edmon Schell, Marnie no había apuntado a la tapa del maletero, sino al pecho del fabricante de salchichas, causándole dos heridas mortales de necesidad.

Edmon desorbitó los ojos, abrió la boca, aunque no pudo gritar, y se convulsionó angustiosamente.

—Lo siento, señor Schell. Olvidé decirle que tengo una pésima puntería —dijo, con ironía, la rubia Marnie, antes de cerrar el maletero, en donde, segundos después, moría el fabricante de salchichas.

CAPITULO IV

Alex Murdock había recibido no menos de una docena de golpes.

Sangraba por una ceja, por la nariz, por un pómulo, por la comisura de la boca... Le dolían, además, las costillas, el estómago, y hasta el hígado, castigado también por los duros puños de Thick y Raoul, la pareja de gorilas que cumplían órdenes de Sylvia Grenfell, la hermosa pelirroja.

Sylvia seguía sentada frente al detective privado, con las piernas cruzadas, exhibiendo descaradamente sus tentadores muslos, aunque la verdad era que Alex ya no les prestaba ninguna atención.

Le habían zurrado demasiado como para seguir pensando en los turbadores remos de la pelirroja. Ni en ellos, ni en nada, porque se hallaba más inconsciente que consciente.

A una muda indicación de Sylvia Grenfell, Thick y Raoul interrumpieron el castigo. Al instante, Alex Murdock dobló la cabeza sobre su pecho y quedó inmóvil.

Raoul, el de las patillas largas, lo agarró del pelo y le levantó bruscamente la cabeza, comprobando que el detective tenía los ojos cerrados.

—Ha perdido el conocimiento —masculó.

—Y sin decir ni pió —suspiró Sylvia.

—Lo reanimaremos y seguiremos golpeándole hasta que hable— dijo Thick.

—No, dejadlo.

—¿Que lo dejemos...?

—Sí, ya ha recibido suficiente castigo.

—¡Pero no ha cantado! —exclamó Raoul.

—Ni cantará, por mucho que le golpeéis. Es un tipo con agallas y no confesará ni aunque le queméis las plantas de los pies con las llamas de vuestros encendedores.

—Podemos intentarlo —repuso el de la cicatriz en la mejilla.

Sylvia lo miró duramente.

—No seas bestia, Thick.

—Se trata de hacerle hablar, ¿no?

—Eso quería, pero ya no importa. Estoy segura de que lo contrató mi marido. Y se arrepentirá de haber recurrido a un detective privado para saber adónde voy y con quién me veo —rezongó la pelirroja, antes de descruzar las piernas y ponerse en pie.

—¿Nos vamos? —preguntó Thick.

—Sí.

—¿Y qué hacemos con él...? —inquirió Raoul.

—Soltadle, para que pueda largarse cuando se despierte.

Los gorilas desataron al detective, que se desplomó de la silla y quedó tendido en el suelo, absolutamente inmóvil y con los ojos cerrados, aunque no se hallaba totalmente inconsciente.

Había oído lo que decían Sylvia Grenfell y la pareja de matones, aunque sus voces parecían llegar de muy lejos, extrañas, deformadas, casi irreconocibles.

La pelirroja y el par de gorilas salieron de la oficina, dejando en ella al detective privado. Segundos después abandonaban el viejo garaje.

* * *

Alex Murdock hubiera querido ponerse inmediatamente en pie, pero tardó varios minutos en conseguirlo. La paliza había sido tremenda y no tenía fuerzas ni para estornudar.

Logró incorporarse agarrándose de la silla a la que permaneciera atado mientras era interrogado por Sylvia Grenfell y luego golpeado por la pareja de gorilas.

Thick y Raoul se las pagarían.

Daría con ellos y se cobraría cada golpe.

Con intereses, además.

El detective tuvo que sentarse en la silla, porque todo le daba vueltas y corría el riesgo de derrumbarse de nuevo. Extrajo su pañuelo y se limpió la sangre que manchaba su rostro.

Después se oprimió con suavidad las costillas, para ver si tenía alguna rota. Afortunadamente, parecía que no, aunque el dolor era muy agudo.

—Sabrán lo que es bueno, la próxima vez que nos veamos las caras —masculló.

Dejó transcurrir algunos minutos más y luego se levantó de la silla.

Seguía encontrándose mal, aunque no tanto, así que decidió largarse de aquel maldito lugar. Su chaqueta, su revólver, y su licencia de detective privado estaban sobre la mesa.

Murdock se colocó primeramente la chaqueta, con alguna dificultad y un par de caras feas. Después se guardó su licencia y devolvió su arma a la pequeña funda, no sin antes comprobar que seguía cargada.

Con paso poco firme, salió de la oficina y caminó hacia la

puerta del garaje. Cuando salió de él, el «Alfa-Romeo» de Sylvia Grenfell ya no estaba estacionado en la calle.

El detective ya lo esperaba.

Con el mismo paso vacilante y la mano derecha oprimiendo sus doloridas costillas, se dirigió hacia donde permanecía estacionado su «Ford».

No estaba lejos, ya que habría apenas veinticinco metros, pero a él le parecieron veinticinco kilómetros.

Lo alcanzó por fin, se introdujo en él, y lo puso en marcha, dirigiéndose a su oficina. Precisaba los cuidados de Christie Blondell, su secretaria.

* * *

La rubia Marnie se había vestido ya.

Tranquilamente, sin prisas, pues sabía que no corría ningún peligro allí, en aquel solitario lugar. Era el sitio ideal para llevar a la víctima y pegarle un par de tiros, como había hecho con Edmon Schell, el fabricante de salchichas.

Marnie, que había guardado su pistola en el bolso, junto con el cheque por valor de cien mil dólares que le extendiera Edmon, registró la chaqueta de éste y encontró su cartera.

En ella, efectivamente, había casi diez mil dólares.

Marnie tomó todo el dinero y lo guardó también en su bolso.

En la cartera, además, encontró el documento de identidad, en el que, naturalmente, estaba estampada la firma de Edmon Schell, lo que le permitió comprobar que era idéntica a la del cheque.

Marnie sonrió, satisfecha, y entró en la pequeña cabaña de troncos.

Cuando salió de ella llevaba una bolsa de plástico en las manos.

Marnie recogió la ropa de Edmon Schell y la metió en ella.

Después, abrió el maletero del «Cadillac» y dejó la bolsa en él, junto al cuerpo desnudo y sin vida del fabricante de salchichas.

Edmon Schell había muerto con los ojos abiertos, horriblemente dilatados, y parecía mirar a la chica que, cuando él menos lo esperaba, le había alojado dos balas en el pecho.

Marnie no se inmutó.

Sabía que Edmon miraba sin ver.

Que era ya cadáver.

La asesina sonrió ligeramente y dijo:

—Hasta nunca, señor Schell.

Cerró nuevamente el maletero, cogió su bolso, y subió al «Cadillac».

Segundos después, el coche arrancaba y tomaba la dirección de la carretera.

¿Qué pensaba hacer Marnie con el cadáver de Edmon Schell...?

Sólo ella lo sabía.

CAPITULO V

Christie Blondell, la secretaria de Alex Murdock, tenía veinticinco años, el pelo castaño y los ojos negros, serenos y profundos. Poseía un rostro bastante atractivo y tampoco de formas estaba mal, ya que su figura era esbelta y proporcionada.

Aquella tarde vestía una liviana blusa color malva y una falda blanca, más bien corta, lo que le permitía exhibir sus bonitas piernas, aunque no de una forma descarada.

Christie estaba escribiendo a máquina y, mientras tecleaba con ligereza, mascaba un chicle con sabor a menta. Eran sus preferidos, porque le dejaban la boca fresca y dispuesta para recibir besos.

Los que le daba su jefe, cuando estaba de buen humor.

Y casi siempre lo estaba.

De pronto, la puerta se abrió y Alex Murdock entró en la oficina, agarrándose las costillas con gesto de sufrimiento.

Christie dio un fuerte respingo al ver en qué estado regresaba el detective y estuvo a punto de tragarse el chicle. Por fortuna, consiguió escupirlo y exclamó:

—¡Ay, madre!

—No te alarmes, Christie. No es nada.

—¿Que no es nada, dices...?

—Bueno, sólo unos golpes. Pero carecen de importancia.

La secretaria saltó de su silla y rodeó apresuradamente la mesa, para atender a su jefe, quien, pese a sus palabras restándole dramatismo a la cosa, parecía a punto de derrumbarse.

—¡Estás medio muerto, Alex!

—No exageres.

—¿Te arrolló un camión de mudanzas...?

—No me hagas reír, que tengo el labio partido.

—¡Los tienes partidos los dos!

—¿De veras?

—¡Y la ceja! ¡Y el pómulos! ¡Y la nariz!

—Ya será menos.

—¡Deberías estar en el hospital, Alex!

—Prefiero que me atienda mi enfermera particular.

—Anda, saca el botiquín.

—¡Esta vez no es cuestión de botiquín, sino de quirófano!

—¿Sabes que eres única dando ánimos, Christie?

—¡Lo único que yo sé es que estás hecho una piltrafa!

—Como sigas diciendo que estoy tan mal, te tumbo en el sofá de mi despacho y te hago el amor. Así te convencerás de que me

encuentro mucho mejor de lo que crees.

—¡Pero si no puedes ni tenerte en pie...!

—¿Quién lo ha dicho?

—¡Te estás apoyando en mí para no desplomarte!

—No me estoy apoyando, te estoy abrazando.

—¡Anda, vamos al sofá!

—¿Me vas a poner a prueba...?

—¡No digas tonterías! ¡Lo que voy es a curarte lo mejor que pueda!

—Menos mal, porque lo de tumbarte en el sofá y hacerte el amor sólo era un farol —confesó el detective—, Soy yo quien necesita tumbarse en el sofá.

Con la ayuda de su secretaria, Murdock entró en su despacho, se despojó de la chaqueta y de la camisa, que estaba manchada de sangre, y se echó en el sofá.

Al fijarse en las contusiones y los hematomas que el detective tenía en el tórax, la secretaria exclamó:

—¡Estás peor de lo que yo creía, Alex!

—No empieces otra vez, Christie.

—¡Es la verdad! ¡Se diría que te pasó por encima un tractor de cadenas!

—¿Te vas a ocupar de mí o no?

—Si no tienes nada roto...

—No, no tengo nada roto.

—¿Estás seguro?

—¡Sí, maldita sea!

—Está bien, voy por el botiquín.

Un par de minutos después la secretaria empezaba la cura.

—¿Qué pasó, Alex? —preguntó.

—Me tendieron una trampa y caí como un novato en ella.

—¿Quién te la tendió?

—Sylvia Grenfell. Se dio cuenta de que seguía todos sus movimientos y me llevó a un viejo garaje. Debí suponer que una mujer tan elegante como ella no tenía nada que hacer en un lugar como ése, pero mordí estúpidamente el anzuelo y penetré en el garaje. Había luz al fondo, en la oficina, y pensé que la bella pelirroja se estaba entrevistando allí con alguien.

—¿Y no era así...?

—No, estaba sola, esperando mi llegada. Se había sentado en una silla y tenía las piernas cruzadas. Tan descaradamente cruzadas, que pude vislumbrar sus delicadas braguitas.

—Y tú te quedaste mirándola como un idiota, ¿verdad? —gruñó la secretaria.

—Casi no me dio tiempo, porque alguien me atizó duro en la testa

y me desplomé sin sentido.

—Claro. Sólo tenías ojos para las piernas de Sylvia Grenfell y sus «delicadas» braguitas.

El detective carraspeó.

—Christie, yo te aseguro que...

—No me vengas con excusas y continúa. ¿Qué pasó después?

—Cuando me desperté...

Murdock le habló de Thick y Raoul, la pareja de gorilas a las órdenes de Sylvia Grenfell, y le contó lo que los tipos hicieron con él, por negarse a hablar.

—A veces pareces tonto, Alex —rezongó la secretaria.

—¿Por qué lo dices?

—Sylvia Grenfell sospechaba que te había contratado su marido, ¿no?

—Sí.

—¡Pues habérselo dicho, hombre! Te hubieras ahorrado la paliza. Murdock movió levemente la cabeza.

—Un detective privado no puede revelar el nombre de su cliente, tú lo sabes bien.

—¡Pero si ella ya lo sabía!

—No, no lo sabía. Solamente lo sospechaba y quería que yo se lo confirmara.

—Se lo confirmará él.

—¿Quién?

—Su marido. Y tu sacrificio no habrá servido de nada.

—Es posible.

La secretaria continuó con la cura.

Se había sentado en el borde del sofá y una parte importante de sus esbeltos muslos estaban visibles. Alex se los miró y no pudo resistir la tentación de posar su mano en ellos.

—¿Qué haces? —gruñó Christie.

—Acariciarte las piernas.

—No estoy para caricias, Alex.

—¿Y para besos...?

—Tampoco.

—Dame uno, anda.

—Te haría daño.

—¿Daño...?

—¿Olvidas que tienes los labios partidos?

—Son dos cortecitos de nada.

—Te equivocas. Son dos heridas muy serias.

El detective le pasó el brazo izquierdo por la cintura y la atrajo hacia sí, sin dejar de acariciarle los muslos con la otra mano, cada vez más atrevidamente.

—Necesito que me beses, Christie.
—Te va a doler, te lo advierto.
—Será mucho mayor el placer, estoy seguro.
—Está bien, tú lo has querido.

Se besaron.

Murdock, en efecto, sintió algo de dolor, pero se le pasó en seguida y pudo disfrutar del beso, que fue largo y profundo. Cuando separaron sus bocas, la secretaria preguntó:

—¿Qué, has sufrido mucho?
—En absoluto. Ha sido maravilloso, como siempre.
—Bueno, deja que continúe con la cura. Y deja, también, de toquetearme los muslos. Me estás poniendo tierna, ¿sabes?
—¿De veras?
—Sí.

—Eres la secretaria ideal. Christie.
—Porque te lo consiento todo, ¿verdad?
—Me lo consientes porque te gusto.
—Naturalmente. Si no me gustaras, te habría mandado al cuerno hace tiempo.

—Tú a mí también me gustas. Christie.
—Lo sé. Pero no soy la única. Te gustan todas las mujeres que tienen las piernas bonitas.
—No digas eso. Como tú, no me gusta ninguna.
—¿Y por qué no te casas conmigo?

El detective tosió.

—El matrimonio es algo muy serio, Christie.
—Lo que es serio es un entierro.
—Verás, lo que quiero decir es que...
—No es necesario que digas nada, Alex. Sé que no deseas casarte conmigo. Besarme, abrazarme, acariciarme, y hacerme el amor, sí; pero tomarme por esposa, no. Está muy claro.
—Por favor, no digas eso.
—Es la verdad, ¿no?

Murdock alzó la mano y le acarició el rostro.

—Te quiero, Christie. Esa es la única verdad.
—Yo también te quiero, Alex. Por eso me duele que no desees atarte a mí.
—Ya puedes ir preparando la cuerda —respondió el detective, y volvió a unir su boca a la de ella.

CAPITULO VI

Por la mañana, cuando se levantó de la cama, Alex Murdock se encontró mucho mejor. Se había acostado temprano y había dormido casi doce horas ininterrumpidamente.

Todavía acusaba, lógicamente, los golpes recibidos, pero ya podía moverse casi con toda normalidad. Las atenciones de Christie Blondell y el prolongado descanso le habían dejado en condiciones de volver a su trabajo.

Antes de ponerse debajo de la ducha, se miró en el espejo del baño.

Su cara estaba un tanto deformada, pero se le podía reconocer, así que se dio por satisfecho. Se duchó, se vistió, y se preparo el desayuno.

Un desayuno abundante y nutritivo, porque sentía un apetito voraz, debido a que no había cenado la noche pasada. Comió hasta que se hartó y después encendió un cigarrillo.

Mientras se lo fumaba, llamó a su oficina.

—¿Diga...?

—Soy yo, Christie.

—¡Alex! —exclamó la secretaria—, ¿Cómo te sientes esta mañana...?

—Estoy como nuevo.

—¿De veras?

—Sí, me encuentro fenomenalmente bien.

—¡Cuánto me alegro!

—¿Alguna novedad por la oficina...?

—No, ninguna.

—Voy a ver a Howard Grenfell.

—¿Por qué no descansas el resto del día, Alex? —sugirió la secretaria.

—No es necesario. Christie. Ya te he dicho que me encuentro perfectamente.

—La paliza fue muy dura...

—Yo también soy duro. Te veré más tarde, preciosa —dijo el detective, y colgó el auricular.

Segundos después, abandonaba su apartamento.

Su «Ford» estaba estacionado en la calle.

Alex se introdujo en él, puso el motor en funcionamiento, y se dirigió al 440 de Rayner Avenue. Allí vivía Howard Grenfell, en un apartamento de lujo.

Y no era el único que poseía, porque Howard Grenfell, abogado de profesión, era un hombre rico. Y seguramente por eso, por ser un hombre rico, se casó Sylvia con él.

Era lo que pensaba Alex, después de conocerlos a los dos, porque

Howard tenía cuarenta y siete años de edad, diecisiete más que Sylvia, y una diferencia de años tan importante daba que pensar. Que pensar mal, claro.

Encima, el abogado era un tipo más bien bajo de estatura, delgado, y con una cara que distaba mucho de ser la de Robert Redford. Que tiraba más a feúcho que a lo otro, vamos.

Sylvia, por el contrario, era una hembra de categoría.

De las que piden guerra cada noche en la cama.

Y Howard, la verdad, no estaba ya para muchas batallas con sus casi cincuenta años a las espaldas y una constitución física más bien debilucha.

Era lógico, por tanto, que Sylvia prefiriera hombres más jóvenes, más fuertes y más apuestos que su marido, cuando sentía deseos de hacer el amor.

Howard sospechaba que su joven y ardiente esposa le engañaba, y por eso había contratado los servicios de un detective privado, para que la siguiera y le confirmara que Sylvia le ponía los cuernos varias veces por semana.

Antes de contratar a Alex Murdock, Howard y Sylvia habían tenido varias discusiones. Discusiones fuertes, acaloradas, con mutuos insultos y hasta alguna que otra bofetada.

Tras la última disputa, Sylvia decidió instalarse en el apartamento que su marido poseía en el 215 de Stricker Street. No era tan amplio ni tan lujoso como el de Rayner Avenue, pero tampoco estaba mal. Y en él estaría sola.

Fue entonces cuando Howard recurrió a un detective privado.

Quería conocer cada paso que daba su mujer.

Y ése había sido el trabajo de Alex en los últimos días, espiar a la joven esposa del abogado.

Lamentablemente, ella se había dado cuenta y...

Bueno, tendría que contárselo todo a Howard Grenfell y ver cómo lo tomaba.

¿Le consideraría un torpe y prescindiría de sus servicios...?

¿Seguiría confiando en él, a pesar de lo ocurrido...?

Pronto lo sabría, porque ya estaba llegando al 440 de Rayner Avenue.

* * *

El apartamento de Howard Grenfell era el 32-D.

Alex Murdock había pulsado ya el timbre, pero como pasaba el

tiempo y el abogado no abrió, repitió la llamada. Y, esta vez, prolonga deliberadamente el timbrado.

El resultado, sin embargo, fue el mismo.

Alex no lo comprendía.

El coche de Howard Grenfell, un precioso «Mercedes-Benz», estaba abajo, en el aparcamiento. El abogado, por tanto, no había salido. Tenía que estar forzosamente en su apartamento.

¿Por qué no acudía a abrir...?

¿Qué se lo impedía...?

Alex Murdock decidió averiguarlo, entrando en el apartamento. Y no tuvo dificultades para ello, puesto que el cerrojo no estaba echado.

Las luces permanecían encendidas, pero reinaba el más absoluto silencio en el apartamento. El detective cerró la puerta y se dejó oír:

—¿Señor Grenfell...?

El abogado no respondió.

Alex se adentró en el apartamento, dirigiendo sus pasos hacia el dormitorio. La puerta estaba cerrada, por lo que el detective dio unos golpes con los nudillos antes de abrir.

—¿Señor Grenfell...? —lo llamó de nuevo.

Obtuvo otra vez el silencio como respuesta.

Alex abrió la puerta y entró en el dormitorio, descubriendo entonces a Howard Grenfell. Yacía en la cama, con el torso desnudo y cubierto de sangre, porque alguien le había alojado un par de balas en él.

Los orificios causados por los proyectiles eran muy claros.

Como claro era, también, que el abogado estaba muerto.

Y debía de llevar bastantes horas así.

Desde la noche pasada, seguramente.

Y Murdock, claro, sospechó de Sylvia.

Recordaba perfectamente las palabras pronunciadas por la pelirroja, poco antes de abandonar la oficina del viejo garaje: «Estoy segura de que lo contrató mi marido. Y se arrepentirá de haber recurrido a un detective privado para saber adónde voy y con quién me veo.»

¿Lo habría matado ella...?

¿Les habría encargado el «trabajo» a Thick y Raoul...?

Tendría que preguntárselo a Sylvia.

* * *

El «Alfa-Romeo» de Sylvia Grenfell se hallaba estacionado frente al 215 de Stricker Street, lo que parecía indicar que la pelirroja se encontraba en el apartamento que ocupaba desde su

última disputa con Howard Grenfell.

Antes de aproximarse, Alex Murdock se aseguró de que Thick y Raoul no andaban por allí, de vigilancia. No quería verse nuevamente sorprendido por ellos.

Aunque podían, claro, estar en el apartamento de Sylvia, protegiéndola, así que tendría que tomar precauciones antes de penetrar en él.

Alex entró en el edificio y subió al apartamento de la pelirroja, que era el 18-C. Antes de pulsar el timbre, pegó el oído a la puerta, para ver si captaba las voces de la pareja de gorilas, pero ni los oyó a ellos ni oyó a Sylvia.

El detective extrajo su revólver y oprimió el timbre.

Unos treinta segundos después, la puerta se abría y Sylvia Grenfell se dejaba ver, envuelta en una bata que se lo dibujaba todo descaradamente.

La pelirroja no pareció asustarse por el hecho de que Alex Murdock le estuviera apuntando con su arma. Ni siquiera pareció sorprenderse de que fuera él.

—Hola, señor Murdock... —lo saludó, con una sonrisa cargada de sensualidad.

Alex la empujó con su mano izquierda, aunque sin brusquedad, y penetró en el apartamento, cerrando la puerta con el pie. Como no vio a Thick y Raoul, preguntó:

—¿Dónde están?

—¿Quiénes?

—El par de malas bestias.

Sylvia emitió una risita.

—Se refiere a Thick y Raoul, ¿eh?

—Naturalmente.

—No los he visto desde ayer tarde.

—¿Seguro que no están aquí?

—¿En mi apartamento...?

—Sí.

—¡Por supuesto que no! ¿Para qué los iba a querer yo aquí...?

—Para que la protegieran de mí. Porque parece que usted me esperaba, Sylvia.

—Efectivamente —confesó la pelirroja—. Sabía que vendría usted, señor Murdock. Y yo deseaba que lo hiciera.

—¿De veras?

—¿Sabe por qué, señor Murdock?

—No, dígamelo usted.

—Para poder hacer esto —respondió Sylvia, dando un paso adelante y cercando con sus brazos el cuello del detective privado, antes de besarle apasionadamente en los labios.

CAPITULO VII

Alex Murdock se dejó besar, naturalmente.

Sólo un imbécil hubiera rechazado la iniciativa amorosa de una mujer como Sylvia Grenfell. Sin embargo, el detective privado no se confió en absoluto y siguió empuñando su arma, por si acaso la bella pelirroja estaba haciendo uso de sus encantos para sorprenderle y arrebatarle el revólver.

Pero no.

Sylvia Grenfell se limitó a demostrar que era una mujer toda fuego y pasión, sensualidad, vehemencia. Nada parecía importarle más que satisfacer su apetito sexual.

Cuando separaron sus bocas, la pelirroja lo miró fijamente a los ojos y dijo:

—Me gusta usted, señor Murdock.

—¿De veras?

—Desde ayer tarde. Sentí una profunda admiración por usted cuando se negó a confesar que le había contratado mi marido y resistió valientemente las golpes que le propinaron Thick y Raoul, hasta perder el conocimiento.

—Pienso cobrármelos todos.

—¿También quiere vengarse de mí...?

—Debería hacerlo, porque fue usted quien ordenó a esos dos gorilas que me propinasen el palizón.

Sylvia se mordió los labios.

—Estoy muy arrepentida, señor Murdock.

—¿En serio?

—Sí, no debí permitir que Thick y Raoul le golpearan tan duramente, porque en el fondo sabía que no iba a servir de nada. Fue un castigo inútil.

—Es tarde ya para lamentarse.

—Pero no para reparar el daño que le hice.

—Cómo piensa repararlo?

La pelirroja le soltó el cuello, dio un paso atrás, desató el cinturón de su bata, y se la abrió de par en par, exhibiendo su cuerpo desnudo.

Totalmente desnudo, porque no llevaba nada bajo la bata.

—Le ofrezco mi cuerpo, señor Murdock.

—Que no es moco de pavo, como ya dije ayer —carraspeó el detective, con los ojos clavados en la formidable anatomía de Sylvia Grenfell.

Esta sonrió ampliamente y, sin cerrarse la bata, volvió a pegarse a él como un sello de correos.

—Puede hacer conmigo lo que quiera, señor Murdock. Y cuantas más cosas me haga, más feliz y dichosa me sentiré.

—Por mi gusto, haría de todo con usted, Sylvia, porque no tiene desperdicio. Pero, desgraciadamente, acuso todavía los efectos de la paliza que me propinaron sus gorilas y no estoy en condiciones de...

—¿Seguro que no?

—Eso me temo, Sylvia.

—¿Y si llevo yo la iniciativa...?

Alex carraspeó de nuevo.

—Sylvia, su marido no me contrató para que me metiera en la cama con usted.

—¡Vaya, al fin ha confesado que le contrató Howard!

—No creo que a él le importe ya.

—¿Por qué?

—Usted lo sabe tan bien como yo.

—¿Qué es lo que yo sé?

—Que su marido está muerto.

La pelirroja se apartó bruscamente de él.

—¿Que mi marido qué...? —exclamó, reflejando en su cara la más grande de las sorpresas.

Alex esbozó una sonrisa.

—No se moleste en fingir, Sylvia. No me va a engañar.

—¡No estoy fingiendo, Murdock!

—Claro que está fingiendo. Sabe que su marido fue asesinado anoche, en su propia cama.

—¡No, no lo sabía!

—Le metieron un par de balas en el pecho. Y le disparó usted, Sylvia.

—¡No!

—Entonces, fueron Thick y Raoul, por orden suya.

La pelirroja sacudió la cabeza con energía.

—¡No, no, no!

Como al sacudir la cabeza, sacudió otro par de cosas que en movimiento resultaban mucho más excitantes, Alex dio un paso al frente y cerró la bata de la viuda de Howard Grenfell, encargándose también de atar el cinturón.

—Se puede resfriar, Sylvia — dijo con ironía.

La pelirroja lo agarró de los hombros.

—¡Yo no sé nada de la muerte de Howard, Murdock! ¡Tiene que creermelo!

—Lo siento, pero no la creo.

—¡Se lo juro!

—Mire, ayer tarde, cuando lo de la paliza, no llegué a perder

totalmente el sentido. Me desplomé de la silla cuando sus gorilas me soltaron, es cierto, pero aún estaba consciente. Y oí lo que decía usted, Sylvia.

—¿Qué dije?

—Que su marido se arrepentiría de haberme contratado para que la siguiera.

La pelirroja se mordió el labio inferior.

—Es cierto, pronuncié esas palabras. Pensaba ir esta tarde al apartamento de Howard y llamarle de todo. Y estaba decidida, también, a romperle un jarrón en la cabeza. Pero de eso, a pegarle dos tiros y mandarlo a criar gusanos...

—Pues se los pegaron, Sylvia. Y listo para criar gusanos lo dejaron.

—No fui yo, Murdock. Y tampoco ordené a Thick y Raoul que eliminaran a Howard. Soy incapaz de una cosa así. Quizá usted piense lo contrario, después de lo sucedido ayer tarde en aquel viejo garaje, pero le aseguro que no soy tan mala como cree. No soy una santa, es cierto, pero tampoco una asesina.

—Engañaba usted a su marido, Sylvia.

—Porque él me engañaba a mí.

—¿Qué...?

—Es la verdad, Murdock. Howard no me era fiel. Lo sorprendí con una rubia, hace ya algún tiempo. Y la chica no tendría más de veinte años.

—¡No es posible!

—Como se lo cuento, Murdock. A mi marido le gustaban jovencitas. Y con el cabello rubio, a ser posible. En cuanto se le presentaba la ocasión de llevarse una rubia veinteañera a la cama, no la desaprovechaba —rezongó Sylvia.

—Pero, si físicamente...

—Sí, ya sé que Howard no era Sansón, precisamente, pero sentía debilidad por las mujeres y sacaba fuerzas de flaqueza. Con las rubias veinteañeras, al menos, porque conmigo se esforzaba más bien poco. Casi nunca tenía ganas de hacer el amor. Y al final me harté, claro. Soy una mujer joven todavía y necesito un hombre a mi lado. Pero un hombre de verdad, que me ame y me desee, que me estruje con sus fuertes brazos, que me posea vigorosamente...

—¿Por qué se casó con Howard, entonces? —preguntó Alex.

—Cometí una equivocación, lo reconozco. Nunca debí unirme a un hombre como él, casi veinte años mayor que yo, pero pensé que podía ser feliz a su lado. Se mostraba muy atento conmigo y me hacía regalos caros. Parecía muy enamorado. Me dejé tentar por su dinero y su posición, y acepté convertirme en su esposa.

Fue un error. Y no tardé demasiado en darme cuenta de ello.

—Una buena razón para desear eliminarle.

La pelirroja apretó los dientes.

—¡Le repito que no tengo nada que ver con el asesinato de mi marido, Murdock!

—Me gustaría creerla, pero...

—¡Se lo he jurado!

—Está bien, voy a admitir por un instante que usted es inocente, Sylvia. No mató a su esposo y tampoco ordenó a Thick y Raoul que lo liquidaran.

—¡Así es!

—¿Quién lo hizo, entonces?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Era usted su mujer, Sylvia. Tiene que conocer a los amigos y los enemigos de Howard. Porque todos tenemos amigos y enemigos. Howard no podía ser una excepción. ¿De quién sospecharía usted...? ¿Quién cree que pudo asesinar a su marido?

La pelirroja movió la cabeza.

—No tengo la menor idea, Murdock. Howard nunca me hablaba de su trabajo. Siendo abogado, es lógico que tuviera algún enemigo, pero yo no lo sé. Aunque, puestos a sospechar, yo me inclinaría por el novio, el amigo, o el padre de alguna de esas rubias veinteañeras a las que Howard tentaba con su siempre repleta billetera y conseguía llevarse a la cama.

—Una venganza, ¿eh?

—Sí, es muy posible.

—¿Y qué me dice de Thick y Raoul...?

—Ya he repetido que yo no les ordené asesinar a mi marido.

—Pudieron actuar por su cuenta.

—¿Por su cuenta...?

—Quizá pensaron que eliminándolo le hacían un favor a usted.

—No, no lo creo —rechazó Sylvia—. Thick y Raoul no hubieran hecho una cosa así sin antes consultarme.

—Tendré que interrogarles.

—¿Interrogarles...?

—¿Dónde puedo encontrarlos, Sylvia?

La pelirroja vaciló.

—Si se lo digo, temo que...

—Prometo no cargármelos. Me limitaré a devolverles los golpes que me dieron. Y les daré la oportunidad de defenderse, no se preocupe. No soy tan cobarde como ellos.

Sylvia asintió con la cabeza.

—Está bien, Murdock. Le diré dónde puede dar con Thick Madison y Raoul Coburn.

CAPITULO VIII

Alex Murdock detuvo su coche a unos diez metros de la sala de billares de Teo *el Chino*, un individuo capaz de vender a su propia madre por sólo cinco pavos.

Según Sylvia Grenfell, Thick Madison y Raoul Coburn estarían allí, echando unas partidas en la mesa privada que el propietario de los billares tenía en una habitación, al fondo de la sala, reservada para los clientes que, como Thick y Raoul, querían jugar tranquilamente, sin mirones, y así poder hablar de sus cosas sin el temor de ser escuchados por nadie.

Alex salió del «Ford» y caminó hacia la entrada de los billares, sin descartar la posibilidad de que Sylvia hubiera telefonado al local de Teo *el Chino*, para prevenir a la pareja de gorilas.

Y es que el detective no acababa de fiarse de la sensual pelirroja.

¿Le habría dicho la verdad...?

¿Le habría contado una sarta de mentiras...?

A Alex, desde luego, le costaba creer que Howard Grenfell, a sus casi cincuenta años de edad, tuviera aventuras con rubias veinteañeras. Y más, teniendo como tenía una esposa joven, bien formada, hermosa y apasionada.

Resultaba bastante absurdo, la verdad.

Sin embargo, tenía que reconocer que Sylvia se comportó en todo momento como si fuera inocente. Su gesto de sorpresa cuando le habló de la muerte de su marido, sus palabras...

O era realmente inocente, o era una estupenda actriz.

Si era culpable, habría avisado con toda seguridad a Thick y Raoul, y éstos le estarían esperando. Alex sabía que se arriesgaba entrando en la sala de billares de Teo *el Chino*, pero era la única manera de averiguar si Sylvia había sido sincera con él o le había engañado y metido en una nueva trampa.

Con cierta precaución, el detective penetró en el local.

Había muy pocos clientes, ya que era por las tardes, y más aún por las noches, cuando la gente solía acudir.

Teo *el Chino* atendía personalmente el bar. Era un tipo de mediana edad, no demasiado alto, pero fornido. Llevaba el cráneo afeitado y parecía un auténtico chino, pero no lo era. Le llamaban el Chino porque tenía rasgos orientales, pero había nacido en Chicago y sus padres eran americanos.

Claro que, si su madre se la pegó a su padre con algún chino...

Pegársela, desde luego, se la pegó con varios hombres, pero Teo no sabía si alguno de ellos era oriental. Y la verdad es que tampoco le preocupaba, porque él se sentía orgulloso de su cara de chino y hasta había aprendido algunas palabras en ese idioma,

para presumir ante los clientes.

Sabía, por ejemplo, decir en chino: «¡Te voy a partir el taco en la cabeza, cabrón!»

Y los clientes le entendían.

No por sus palabras, claro, sino porque le veían levantar el taco de billar de forma harto expresiva.

Alex Murdock caminó hacia el bar, sin prisa.

Teo *el Chino* reparó en él y lo escrutó con sus estirados ojos, mientras secaba unas copas recién fregadas. El detective alcanzó el mostrador y saludó:

—Hola, Chino.

—¿Quién eres? —preguntó Teo.

—Me llamo Murdock.

—No recuerdo tu cara.

—Porque la traigo un poco desfigurada. Tuve una pelea ayer tarde.

—Y la perdiste, ¿eh?

—Sí, no era mi día.

—Lo siento, muchacho —sonrió el dueño del local.

—Gracias. Ya me tomaré la revancha.

—¿Qué te sirvo, Murdock?

—Un bocadillo de moscas.

—¿Cómo? —parpadeó Teo.

Alex soltó una risita.

—Era una broma. Chino. Hay tantas moscas revoloteando por aquí...

Como era cierto que había muchas moscas en el bar, paseándolo todo, el propietario de los billares rió el chiste del detective privado y dijo:

—¡Eres un tío simpático, Murdock!

—Tú también.

—Te voy a invitar a una copa.

—Gracias.

—Luego me invitaras tú, ¿eh?

—Por supuesto —asintió Alex.

Teo cogió una botella de whisky y llenó un par de copas.

Mientras lo hacía, Alex miró hacia la habitación del fondo de la sala.

—Madison y Coburn le están dando al taco, ¿no?

Teo se quedó mirándolo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me dijeron que estarían aquí.

—¿Los conoces?

—Naturalmente.

—¿Sois amigos?

—Uña y carne.

El dueño de los billares sonrió.

—Me alegro. Toma, bebe —le acercó una de las copas al detective.

Alex la cogió.

—A tu salud, Chino.

—A la tuya, Murdock —respondió Teo, levantando la otra copa.

Las vaciaron de sendos tragos.

—Ahora, invitas tú —dijo el dueño de los billares, y procedió a llenar nuevamente las copas.

Alex extrajo del bolsillo un billete de cinco dólares y lo dejó sobre el mostrador, diciendo:

—Mientras te cobras, voy a saludar a Madison y Coburn.

—Bien.

Alex fue hacia la habitación del fondo con paso tranquilo, para no despertar las sospechas de Teo *el Chino*. Cuando la alcanzó, abrió la puerta y entró en ella, cerrando inmediatamente.

Thick y Raoul, efectivamente, estaban jugando al billar, en mangas de camisa y con sendos cigarros en sus bocas, pero se quedaron paralizados al ver al detective privado.

Por sus caras de sorpresa, Alex supo que los tipos no le esperaban. Sylvia no les había avisado.

Y Alex, naturalmente, se alegró, porque así había podido sorprender a la pareja de gorilas. Al propio tiempo, parecía demostrarse que la pelirroja no le había engañado.

Al menos, no lo había metido en una trampa, como la tarde anterior.

—Llegó la hora de mi desquite, cobardes —dijo el detective, y fue hacia el par de gorilas.

* * *

Thick Madison fue el primero en reaccionar. Dejó el taco de billar sobre la mesa y, sin quitarse el cigarro de la boca, salió al encuentro del detective privado, mascullando:

—¡Volveremos a zurrarte, estúpido!

—No os será fácil, porque hoy no estoy atado a una silla, pareja de ratas —replicó Alex Murdock.

Thick soltó el puño derecho, pero no encontró la cara del detective, porque éste se agachó a tiempo. Y así, encogido, Alex disparó su zurda y se la incrustó en el hígado al gorila.

El golpe, tremendamente doloroso, obligó al tipo a escupir el puro

y lanzar un terrible bramido, al tiempo que se doblaba hacia adelante y se agarraba la zona castigada.

Alex, erguido ya, le atizó dos puñetazos en el rostro al matón y lo derribó. Después, miró a Raoul Coburn y dijo:

—Ahora te toca a ti, patilludo.

Raoul, en vez de deshacerse del taco de billar, lo agarró por el extremo delgado y barbotó:

—¡Te voy a abrir la cabeza, maldito!

Al verle enarbolar el taco, Alex no dudó en disparar su pierna derecha e incrustarle la puntera del zapato en el bajo vientre, con matemática precisión.

El patilludo lanzó un tremendo alarido, soltó el taco, y se desplomó, con las manos entre los muslos. No se quedó quieto en el suelo, sino que se agitó como si tuviera calambres.

Alex se desentendió momentáneamente de Raoul y volvió a prestarle atención a Thick, que ya se estaba incorporando con fiera expresión.

—¡Bastardo! —rugió.

—Ya dije que hoy no os sería tan fácil golpearme —recordó el detective—. Puedo defenderme. Y vosotros también, aunque no os va a servir de mucho.

—¡Ahora verás! —ladró el gorila, y saltó sobre Alex.

El detective lo frenó en seco, estrellándole el puño en plena boca. De no haber escupido antes el puro, ahora se lo hubiera tragado encendido. El gorila aulló y empezó a soltar sangre por la boca, literalmente destrozada por el zambombazo de Alex.

Este, implacable, le golpeó por dos veces en el estómago.

Thick no tuvo más remedio que encogerse exageradamente, con las manos en las machacadas tripas. Pero sólo permaneció un par de segundos así, porque la rodilla del detective se elevó con potencia y se estrelló en su ensangrentada cara.

El gorila aulló de nuevo y cayó al suelo, sin fuerzas ya para levantarse. Había recibido muchos golpes y habían sido todo terriblemente duros.

Raoul sólo había recibido uno, pero como había sido en sus órganos masculinos, seguía rabiando de dolor. No obstante, y en vista de que su compañero no podía con el detective, hizo un esfuerzo y consiguió incorporarse.

Pensaba golpear por la espalda a Alex, pero éste le vio y se giró con rapidez. El patilludo ya había levantado el puño, pero antes de que pudiera utilizarlo, el detective le hundió el suyo en el estómago y le arrancó un rugido de dolor.

Raoul, naturalmente, se encogió.

Alex le castigó el rostro, logrando derribarlo al tercer puñetazo.

El patilludo no volvió a levantarse.

Alex, convencido de que la pelea había terminado, se lamió los nudillos de ambos puños, un tanto despellejados, y dijo:

—Sólo servís para golpear a hombres indefensos. Sois un par de gusanos. Pero no creáis que ya he terminado con vosotros, ¿eh? Lo bueno va a empezar ahora.

Thick y Raoul se estremecieron en el suelo al ver que el detective empuñaba un taco de billar, pues pensaron que no les iba a dejar un solo hueso sano.

—Primero tú, patilludo — dijo Alex.

—¡No! —gritó Raoul.

—Bájate los pantalones. Te voy a meter el taco por el culo y te lo voy a sacar por la boca.

El patilludo se aterró.

—¡No puedes hacerme eso, Murdock! —chilló, llevándose instintivamente las manos al trasero.

—¿Quién me lo va a impedir?

—¡No seas salvaje, Murdock! —habló Thick, tan aterrado como su compañero, pues pensaba que él iba a seguir la misma suerte—. ¡No puedes empalarnos como si fuéramos animales!

—Es que lo sois.

—¡Por favor! —suplicó Raoul—. Ya te has cobrado la paliza que te dimos, ¿no?

—¡Con creces, además! —añadió Thick, que había perdido varios dientes.

—Si no queréis que os meta esto por el ano, y por el extremo grueso, confesad que anoche liquidasteis a Howard Grenfell.

El gesto de perplejidad de ambos matones fue tan sincero, que Alex se dijo que no sabían nada del asunto. No obstante, preguntó:

—¿Lo matasteis por vuestra cuenta, para hacerle un favor a Sylvia, o porque os lo ordenó ella?

Raoul balbuceó:

—¿De verdad ha muerto Howard Grenfell...?

—Recibió dos balazos en el pecho, en su propia cama. Y me consta que fuisteis vosotros.

—¡Te equivocas, Murdock! —gritó Thick—. ¡Nosotros no matamos a Howard Grenfell!

«¡Sería Sylvia!», pensó Raoul.

Alex decidió no continuar el interrogatorio, porque estaba claro que Thick y Raoul no habían asesinado al abogado, ni por propia iniciativa ni siguiendo las instrucciones de la hermosa Sylvia.

CAPITULO IX

Teo *el Chino* vio salir a Alex Murdock de la habitación en donde tenía instalado el billar privado y se alegró, porque era cierto que el detective le resultaba simpático.

—¡Vamos, Murdock, te estoy esperando! —dijo, levantando la mano.

Alex levantó también la suya.

—¡Voy, Chino!

El detective alcanzó el bar.

—¿Se alegraron Madison y Coburn de verte, Murdock? —preguntó el dueño de los billares.

—Mucho.

—Bebamos. Murdock.

—Bebamos, Chino.

Levantaron las copas y se las llevaron a los labios, aunque Teo no llegó a beber. Acababa de descubrir que Alex tenía los nudillos enrojecidos y despellejados.

El detective vació su copa y la dejó en el mostrador.

—Es un buen whisky. Chino —dijo, con una sonrisa—, Quédate con el cambio.

—Un momento, Murdock.

—¿Qué ocurre?

—Tus nudillos.

Alex se los miró.

—Están un poco estropeados, sí —dijo, antes de mojárselos con la lengua.

—¿Has utilizado los puños...?

—Sí.

—¿Con Madison y Coburn...?

—Sí.

—¿No dijiste que erais amigos?

—Los amigos también se pelean. Chino —sonrió Alex—. Ayer les tocó a ellos sacudir y a mi recibir, y hoy ha sido al revés. He logrado desquitarme.

—Ya.

—Hasta la vista. Chino.

—Adiós.

Alex abandonó la sala de billares.

En cuanto desapareció, Teo dejó el bar y corrió hacia la habitación del fondo, para ver lo que les había ocurrido a Thick Madison y Raoul Coburn.

Cuando los vio, estuvo tentado de llamar al hospital y pedir que enviasen urgentemente una ambulancia.

Alex Murdock había vuelto al apartamento de Sylvia Grenfell.

A los pocos segundos de haber pulsado el timbre, la pelirroja le abrió. Ya no iba en bata. Se había vestido y lucía un ajustado pantalón azul turquesa y una blusa amarilla, semitransparente, que permitía vislumbrar el breve sujetador blanco.

La viuda no se había puesto de luto, desde luego.

Alex, después de mirarla de arriba abajo, dijo:

—Ya me tiene aquí de nuevo, Sylvia.

—¿Encontró a Thick y Raoul en los billares de Teo *el Chino*, Murdock? —preguntó la pelirroja.

—Sí, estaban allí.

—¿Y...?

—Juraron no saber nada de la muerte de Howard. Y creo que eran sinceros.

—Pase y cuéntemelo todo —rogó la viuda.

Alex entró en el apartamento.

Sylvia cerró la puerta y lo hizo pasar al *living* en cuyo sofá se sentaron.

—Empiece, Murdock.

—La verdad es que no hay mucho que contar. Les sorprendí dándole al taco, les propiné una buena paliza, y luego los interrogué, con el resultado que ya le adelanté.

—¿De verdad les sacudió de firme...?

—Y tan de firme. Tenía muchas ganas de cogerlos por mi cuenta.

La viuda sonrió.

—Cada vez le admiro más, Murdock.

—Gracias.

—¿Cuándo me cogerá a mí por su cuenta?

—Cuando no me duela nada.

—Si estaba en condiciones de pelear con Thick y Raoul, y propinarles una paliza, me niego a creer que no esté en condiciones de tomarme en sus brazos y...

—Sylvia, será mejor que piense en su marido —carraspeó el detective.

—No vale la pena. Está muerto.

—Precisamente por eso. Continúa en su cama, rígido, frío... No puede seguir allí. Hay que avisar a la policía.

La pelirroja se puso nerviosa.

—Si le cuenta usted a la policía que mi marido le contrató para

que me siguiera, para confirmarle que le ponía los cuernos, y le cuenta también lo que ocurrió en aquel viejo garaje ayer tarde, sospecharán inmediatamente de mí.

—Seguro.

La viuda le cogió las manos.

—No hable usted con la policía, Murdock. Hágame ese favor y siempre estaré en deuda con usted. Obtendrá todo lo que desee de mí. Besos, caricias, noches enteras de amor... Incluso dinero. La cantidad que usted fije.

—¿Trata de comprar mi silencio...?

—Sólo su ayuda. Si habla usted con la policía, estoy perdida.

—Si no mató usted a su marido...

—Claro que no lo maté. Pero la policía no me creerá.

—Yo tampoco acabo de creerla, ésa es la verdad —confesó Alex.

—¿Cómo podría convencerle de que soy inocente, Murdock?

—No lo sé.

—Mire, si yo hubiera asesinado a Howard, me habría valido de Thick y Raoul para eliminarle a usted.

Hubiera bastado una simple llamada telefónica a los billares de Teo *el Chino*. Ellos se hubieran encargado de cerrarle la boca para siempre. Es más, de haber tenido yo intención de asesinar a mi marido, no le hubiera dejado en libertad ayer. Hubiera muerto usted en ese viejo garaje, Murdock. Estaba atado a una silla, absolutamente indefenso. Hubiera resultado sumamente sencillo eliminarle.

—Desde luego que sí —tuvo que reconocer el detective.

—¿Se da cuenta, Murdock?

—Casi me ha convencido ya de su inocencia, Sylvia, así que no hablaré con la policía.

—¡Oh, gracias, Murdock! —se alegró la viuda.

—Pongo, no obstante, una condición.

—¿Cuál?

—Que me contrate usted para averiguar quién y por qué asesinó a su marido.

—¡T rato hecho!

Alex sonrió.

—Al aceptar, ha disipado usted la pequeña duda que me quedaba, Sylvia.

—¿De veras?

—Si no fuera inocente, habría rechazado mi proposición, por temor a que pudiera demostrar su culpabilidad.

—¡Tiene razón!

Alex se puso en pie.

—Vamos, Sylvia.

—¿Adónde?

—Al apartamento de su marido. Quiero inspeccionarlo todo antes de que avise a la policía desde allí.

CAPITULO X

Sylvia Grenfell iba delante, en su «Alfa-Romeo», y Alex Murdock la seguía de cerca con su «Ford». Llegaron a Rayner Avenue y estacionaron los coches a la altura del 440.

Segundos después, entraban en el edificio y tomaban el ascensor.

Mientras subían, la viuda preguntó:

—¿Por qué no inspeccionó el apartamento cuando descubrió el cadáver de mi marido, Murdock?

—No quise entretenerme —respondió el detective—. Además, estaba tan convencido de que la muerte de su marido era cosa suya...

—Se equivocó.

—Ya lo sé.

El ascensor se detuvo y Alex y Sylvia salieron de él.

El detective abrió la puerta del apartamento 32-D.

—Adelante, Sylvia.

La pelirroja vaciló.

—Me da un no sé qué entrar...

—Vamos, no sea tonta. Los muertos no hacen daño a nadie.

—Pero impresionan, Murdock —repuso la viuda, cuando ya entraba en el apartamento, empujada suavemente por la mano del detective.

Alex entró también y cerró la puerta.

Fueron directamente al dormitorio.

—Déme la mano, Murdock —pidió Sylvia, nerviosa.

—Se la presto solamente —respondió Alex—. No quiero quedarme manco.

—Por favor, no haga chistes ahora.

—Disculpe.

Alcanzaron el dormitorio y entraron en él.

La viuda emitió un grito cuando posó la mirada en el cuerpo sin vida de su marido.

—¡Qué horror!

—Ya sé que no resulta agradable, Sylvia, pero debemos echar una ojeada a todo. Quizá encontremos alguna pista.

—Ojalá.

—Empecemos a buscar.

—Levante primero la sábana, Murdock.

—¿Para qué?

—Quiero saber si está también desnudo de cintura para abajo.

Alex se acercó a la cama y levantó la sábana, comprobando que el abogado no llevaba nada encima.

—Lo está, Sylvia.

—¿Sabe lo que significa, Murdock?

—No.

—Howard estaba con una mujer.

—¿Qué?

—Sólo se acostaba desnudo cuando tenía que hacer el amor. Y seguramente lo hizo. Con la mujer que luego le asesinó.

—¿Por qué iba ella a...?

La viuda se encogió de hombros.

—No lo sé, Murdock. A usted le corresponde averiguarlo. Aunque le sugiero que empiece por revisar la billetera de mi marido. Siempre la llevaba repleta de dinero. Si la encuentra vacía, querrá decir que la mujer lo mató para robarle.

—Veamos.

La ropa del abogado yacía sobre un sillón.

Alex cogió la chaqueta, extrajo la billetera, y la abrió, descubriendo que no había un solo dólar.

—Está más limpia que una patena —dijo, mostrándosela a la pelirroja.

—Ya sabemos por qué lo asesinó, pues. La chica no se conformó con lo que Howard le ofreció por acostarse con él y le pegó dos tiros. Luego, se lo llevó todo. Debía ser una buena pájara. Rubia y veinteañera, le apuesto lo que quiera.

Alex volvió a acercarse a la cama y examinó la almohada.

De pronto, cogió algo y dijo:

—Tenía usted razón, Sylvia.

—¿Qué ha encontrado?

—Un cabello rubio.

—¡Lo sabía! —exclamó la viuda—. ¡Sabía que Howard estaba con una mujer en la cama! ¡Y que era rubia!

—Rubia... y peligrosa —añadió Alex.

—¡Y tan peligrosa! ¡Como que es una asesina!

—Habrá que buscarla. Aunque no será fácil encontrarla. Sólo sabemos que es rubia. Y hay muchas rubias en Chicago.

—Puede descartar a las que hayan cumplido ya los treinta años.

—Aun así...

—Usted es un buen detective, Murdock. Dará con la rubia veinteañera que asesinó a mi marido, estoy convencida. La chica me hizo un favor, no voy a negarlo, pero es una asesina y no quiero que ande suelta por ahí. Tiene que pagar su crimen. O sus crímenes, porque es muy posible que Howard no sea su primera víctima.

—Espero que se equivoque, Sylvia.

—Yo me equivoco pocas veces, Murdock.

—Bien, veamos si encontramos algo más. Un cabello rubio es muy

poco.

Lo inspeccionaron todo, pero no hallaron más pistas.

Alex lanzó un suspiro y dijo:

—Aquí no hay nada más.

—Eso parece —respondió la viuda.

—Bien, déme cinco minutos y luego llame a la policía, Sylvia. Cuénteles lo del cabello rubio y lo de la billetera vacía. Y, explíqueles la clase de pájaro que era su marido.

—Desde luego que lo haré.

Salieron del dormitorio.

Antes de abandonar el apartamento, Alex dijo:

—La llamaré esta tarde, Sylvia.

La viuda le echó los brazos al cuello y se pegó a él.

—Prefiero verle, Murdock.

—Si puedo, me pasaré por su apartamento.

—No se arrepentirá, se lo prometo —sonrió la pelirroja, y le besó con la fogosidad que la caracterizaba.

* * *

Christie Blondell estaba almorzando en la oficina, como de costumbre.

Se estaba comiendo un emparedado de jamón y tenía preparado otro de queso. Disponía, también, de una lata de cerveza y de un termo con café.

Pensaba que no vería a Alex Murdock hasta última hora de la tarde, pero se equivocó, ya que llegó antes de que ella acabara de zamparse el emparedado de jamón.

—¡Alex!

—Hola, preciosa —sonrió el detective.

La secretaria dejó el emparedado sobre la mesa, se levantó, y corrió a echarse en brazos de su jefe. De su jefe... y de su futuro marido, si Alex no se volvía atrás.

Se disponían ya a unir sus bocas, cuando, de repente, Christie arrugó su naricilla y se puso a olisquear.

—¿Qué haces? —preguntó Murdock.

—Hueles a perfume, Alex.

—¿De veras?

—Y de los caros.

—No me lo explico.

—No seas sinvergüenza y confiesa. Has tenido en tus brazos a una

mujer.

—Oh, sí, ya recuerdo —carraspeó el detective—. Tuve un instante en mis brazos a Sylvia Grenfell. Pero no por lo que tú te imaginas, sino para que llorara sobre mi hombro.

—¿Qué Sylvia Grenfell lloró en tu hombro...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Acababa de comunicarle que su esposo había sido asesinado.

La secretaria respingó.

—¿Howard Grenfell, asesinado...?

—Sí, se lo cargaron anoche, en su propia cama. Cuando fui a verle, me lo encontré tieso. Tenía dos balazos en el pecho.

—¡Seguro que fue la zorra de su mujer! —exclamó Christie.

—Eso pensé yo. Sin embargo...

Alex le contó a su secretaria lo del cabello rubio hallado en la almohada de la cama del abogado y lo de la billetera vacía. Le contó, también, la debilidad que Howard Grenfell sentía por las rubias veinteañeras, según su mujer.

Todo ello, lógicamente, desconcertó a Christie.

—Así que también el abogado era un zorro, ¿eh? —murmuró.

—Eso parece.

—¿Por qué te contrató, entonces...? Si él engañaba a su mujer, ella estaba en su derecho de engañarle a él.

—Lo mismo opino yo. Suponiendo, claro, que todo lo que me contó Sylvia Grenfell sea cierto.

—El cabello rubio y la billetera vacía parecen confirmar que...

—Pudo prepararlo ella.

—¿Sylvia?

—Sí, pudo dejar el cabello rubio en la almohada y limpiar la billetera de su marido, como pruebas que corroborasen luego su historia ante mí y ante la policía.

—¡No se me había ocurrido! —exclamó la secretaria.

—A mí, sí.

—¿Tú sospechas de Sylvia Grenfell, Alex?

—Es una golfa, de eso no hay duda. Sólo piensa en la cama. Se casó con Howard Grenfell por su posición y su dinero, pero no le quería, de eso estoy seguro. Con la muerte de su marido, ha salido extraordinariamente beneficiada. Ahora es viuda y, por tanto, libre y rica. Por ese lado, no hay más remedio que sospechar de ella. Hay otros puntos, sin embargo, que me hacen pensar que es inocente. Como, por ejemplo, el que me dejara en libertad ayer tarde. Si pensaba asesinar a su marido, lo lógico hubiera sido que antes me liquidase a mí, para que no pudiera hablar con la policía.

—Eso es cierto.

—Además, me ha contratado para averiguar quién y por qué asesinaron a su esposo.

—¿De verdad?

—Bueno, tengo que decir que se lo sugerí yo, para ver si rechazaba mi proposición. Pero aceptó sin dudar.

—Entonces, es inocente.

—O es inocente... o es extraordinariamente lista —repuso el detective, que seguía con sus dudas.

—Como consiga llevarte a la cama, la mato.

Murdock sonrió.

—Ya lo intentó, pero fracasó.

—¿Qué...?

—Quería hacer el amor conmigo, pero me negué, alegando no hallarme en condiciones después de la paliza que sus gorilas me propinaron ayer tarde.

La secretaria entornó los ojos.

—¿Seguro que te negaste, Alex...?

—¿No me crees?

—Ese olor a perfume caro...

—Ya te expliqué que Sylvia Grenfell lloró sobre mi hombro.

—Serán lágrimas de cocodrilo.

—Seguramente.

—¿Qué le dirás la próxima vez que te proponga acostarte con ella?

—Que sigo lleno de dolores.

—Se ofrecerá para darte masajes.

—Si lo hace, le diré que tengo una masajista particular.

—¿Yo?

—Claro.

La secretaria sonrió.

—Sirvo para todo, ¿eh?

—Ya lo creo —respondió el detective, y la besó.

Todavía estaban así, abrazados y con las bocas unidas, cuando sonó el teléfono, lo que les obligó a interrumpir el beso.

—Qué inoportuno —rezongó Alex.

—Yo contestaré —dijo Christie, separándose de él.

Cogió el teléfono y atendió la llamada.

Alex vio que su secretaria fruncía el ceño y preguntó:

—¿Quién es, Christie?

—Sylvia Grenfell —respondió ella, y le tendió el auricular.

CAPITULO XI

Alex Murdock, sorprendido por la llamada de la viuda, tomó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Qué ocurre Sylvia?

—¿Recuerda que le dije que yo me equivoco pocas veces, Murdock? —preguntó la pelirroja.

—Sí.

—Se ha cargado ya a tres.

—¿Qué?

—La rubia asesina. Ha matado ya a tres hombres.

—Tres hombres... —repitió quedamente el detective.

—Por lo menos.

—¿Cómo lo sabe, Sylvia?

—La policía me lo dijo. Hace dos días fue hallado muerto un banquero llamado Brian Averbach. En su propia cama, como mi marido. Y también, como él, estaba completamente desnudo y tenía un par de balas alojadas en el pecho. Su billetera estaba limpia, como la de mi marido, lo que demuestra que la chica lo mató para robarle. En su almohada, se encontraron un par de cabellos rubios.

—Continúe, Sylvia.

—Esta mañana, poco antes de que avisara a la policía, fue hallado otro cadáver. La víctima se llamaba Edmon Schell y poseía una importante fábrica de salchichas. Lo hallaron, totalmente desnudo, en el maletero de su propio coche. También recibió dos balazos en el pecho, como mi marido y como el banquero. Y luego fue robado, como ellos. La policía no tiene la menor duda de que los tres fueron asesinados por la misma persona y con la misma arma. Los de balística lo confirmarán cuando examinen los proyectiles y los comparen.

—Seguro.

—¿Y usted que sospechaba de mí, Murdock!

—Tenía motivos, admítalo. Pero ya no sospecho, y usted lo sabe.

—Desde que lo contraté, ¿eh?

—Así es.

—Bien, pues contratado sigue, Murdock. Investigue, busque a esa rubia asesina. La policía también la está buscando desde que fue hallado el cadáver de ese tal Brian Averbach, pero aún no saben nada. Sólo que la chica es rubia.

—Yo no sé más que ellos, pero haré todo lo posible por ganarles la mano, se lo prometo.

—Confío en usted, Murdock.

—Gracias.

—Le veré esta tarde, ¿verdad?

—Es muy probable.

—Le estaré esperando, Murdock. Y ya sabe para qué... —dijo la viuda, con voz tremendamente sensual.

El detective se vio obligado a carraspear.

—Hasta la vista, Sylvia.

—Adiós.

Murdock colgó el auricular y miró a su secretaria, que seguía con el ceño fruncido.

—¿Qué te ha dicho, Alex?

—Pues...

El detective le contó que existían otras dos víctimas, un banquero y un fabricante de salchichas, asesinados también, al parecer, por la rubia que liquidara a Howard Grenfell.

—¡Sí que debe ser peligrosa! —exclamó Christie.

—Una rubia temible —asintió Murdock.

—Bueno, lo que ha quedado muy claro es que Sylvia Grenfell es inocente.

—Eso parece.

—¿Qué pasa? ¿Aún tienes dudas...?

—Si, no puedo evitarlo. Es como si un sexto sentido me advirtiera que Sylvia Grenfell es la responsable de la muerte de su marido, a pesar de todo.

—¡Ella no puede haber matado al banquero y al fabricante de salchichas, Alex!

—Ya sé que no.

—¿Entonces...?

Murdock se mesó el cabello.

—No me hagas preguntas, Christie. No tengo respuestas lógicas. Pero desconfío de las muertes de esos otros dos hombres. Y desconfío porque le vienen de perillas a Sylvia Grenfell para demostrar que ella no tuvo nada que ver en el asesinato de su esposo. Han sido la mar de oportunas. Sin esos dos cadáveres, y a pesar del cabello rubio hallado en la almohada de la cama de su marido y de la billetera vacía, la policía no hubiera dejado totalmente libre de sospechas a Sylvia, porque, como yo, hubiesen considerado la posibilidad de que Sylvia dejó un cabello rubio en la almohada para corroborar su historia de que Howard Grenfell se acostaba con rubias veinteañeras, y luego limpió la billetera de su marido para simular que la chica le asesinó para robarle todo su dinero.

La secretaria le puso la mano en el hombro.

—No te estrujes el cerebro, Alex. Es cierto que los asesinatos del banquero y del fabricante de salchichas le han venido muy bien a

Sylvia Grenfell, pero es absurdo pensar que los mató ella porque pensaba eliminar más tarde a su marido y quería, de esa forma, quedar libre de toda sospecha. Además, tú has seguido los movimientos de esa mujer en los últimos días. Si hubiera asesinado a alguien, lo sabrías.

—Pudo haberle encargado el «trabajo» a otra persona.

—¿A quién?

—A la rubia asesina.

La secretaria mentó la cabeza.

—Me parece un plan demasiado complicado, Alex. Haría falta una mente diabólica para urdirlo.

—Puede que Sylvia Grenfell la tenga. Es extraordinariamente lista, ya te lo dije.

—Encuentro mucho más lógico que la rubia asesina mate a sus víctimas para robarles su dinero, Alex.

—Y la policía también. Pero yo me resisto a creer que sea todo tan sencillo.

—Como sigas calentándote los sesos, te van a estallar. Y eso no me gustaría, ¿sabes?

El detective sonrió y la abarcó por la cintura.

—Tampoco a mí, nena —dijo, y la besó.

Después, Christie preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Alex?

—Buscar a la rubia asesina, naturalmente.

—Será como buscar una aguja en un pajar.

—Tengo un plan, ¿sabes?

—¿De veras?

—Le haré creer a Sylvia Grenfell que he dado con una pista importante para llegar hasta la rubia asesina. Si ella tiene alguna relación con la autora material de los crímenes, se apresurará a advertirla y, lógicamente, le ordenará que me elimine.

—¡Alex! —exclamó la secretaria.

—Es natural, Christie. Si Sylvia Grenfell lo planeó todo, no permitirá que yo atrape a la chica que asesinó al banquero, al fabricante de salchichas, y a su marido. Se verá obligada a quitarme de en medio. Y eso la perderá, porque la rubia fracasara esta vez y no tendrá más remedio que confesarlo todo.

—¿Seguro que la rubia asesina fracasará...?

—Si lo pones en duda, es que no confías plenamente en mí.

—Confío, Alex, pero no me gusta que te pongas como cebo. Eso siempre resulta peligroso.

—Todo saldrá bien, ya lo verás. Además, no es seguro que Sylvia Grenfell esté relacionada con la rubia asesina. Puede que mis sospechas sean infundadas y la viuda sea inocente. Y, en ese caso,

de nada servirá que yo me ponga como cebo, porque la rubia asesina no se enterara de que tengo una importante pista para llegar hasta ella y no intentará retirarme de la circulación.

—Ojalá —deseó la secretaria, y ahora fue ella la que besó al detective.

CAPITULO XII

Sylvia Grenfell consultó su pequeño reloj de pulsera.

Eran casi las ocho de la tarde.

Y Alex Murdock, sin aparecer.

De ahí el gesto de contrariedad de la viuda, porque se había pasado la tarde entera esperándole. Estaba segura de que el detective vendría, pero...

Sylvia alargó la mano y cogió la cajetilla de cigarrillos que tenía sobre la pequeña mesa del *living* en cuyo sofá se hallaba sentada. Extrajo un cigarrillo, se lo puso en los labios, y tomó el artístico encendedor de mesa.

Era el enésimo cigarrillo que se fumaba aquella tarde. No había más que mirar el cenicero, repleto de colillas.

La viuda encendió el nuevo pitillo y lanzó un par de bocanadas de humo, antes de recostarse en el sofá con gesto de aburrimiento. Iba en bata y sus hermosas piernas estaban totalmente al descubierto, así como buena parte de sus senos.

Quedaban visibles, incluso, las sugestivas braguitas negras. Era un luto muy pequeño, desde luego; pero luto al fin y al cabo. Claro que Sylvia no las había escogido negras por respeto a su difunto marido, porque no sentía ningún respeto por él. Sencillamente, le gustaba llevar la ropa íntima de ese color, porque le sentaba bien y hacía que su cuerpo resultase aún más excitante.

Y ella pensaba excitar al detective, cuando llegase, para llevárselo a la cama y exprimirlo como un limón. Amorosamente hablando, claro.

Lo malo era que Alex Murdock no llegaba.

Por fin, y cuando ya la viuda estaba apurando el cigarrillo, sonó el timbre del apartamento.

—¡Menos mal! —exclamó Sylvia, saltando del sofá.

Arrojó la colilla al cenicero y corrió a abrir, sin molestarse en cerrarse mejor la bata. Cuanto más enseñase, más pronto estaría en la cama con el detective.

La viuda alcanzó la puerta y abrió.

Era, efectivamente. Alex Murdock.

—Hola, Sylvia.

—Cuánto me ha hecho esperar, Murdock... —le recriminó la pelirroja, mirándolo con ojos llenos de deseo.

Alex la miró a su vez de pies a cabeza, aunque en lo que menos se fijó, fue en los pies y en la cabeza. Luego, carraspeó y se disculpó:

—Lo siento, no pude venir antes.

—No importa. Nunca es tarde si la dicha es buena.

—Eso.

—Pase, Murdock.

El detective penetró en el apartamento.

Tan pronto como cerró la puerta, Sylvia le echó los brazos al cuello y le dio un beso de los suyos.

Alex colaboró, claro, porque no era de piedra.

Tras la larga e intensa unión bucal, la viuda lo miró a los ojos y sugirió:

—¿Vamos directamente al dormitorio, Murdock?

—Me temo que eso tendrá que esperar, Sylvia —carraspeó de nuevo el detective.

—¿Por qué? ¿Todavía acusa los golpes que le propinaron Thick y Raoul...?

—Claro. Aunque, en esta ocasión, no es ése el motivo.

—¿Hay otro?

—Así es.

—¿Cuál?

—He estado toda la tarde investigando, Sylvia. Y me ha acompañado la suerte, ya que encontré una pista muy importante para llegar hasta la rubia asesina.

La viuda abrió la boca, perpleja.

—¿En serio...?

—Sí, es muy posible que la atrape esta misma noche. He venido a comunicárselo, porque sabía que se alegraría, pero debo marcharse en seguida.

—Ya.

—Lo comprende, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Mañana ya no me dolerá nada, Sylvia. Y si ya he atrapado a la rubia asesina, le presentaré la factura en la cama. Y como mis honorarios son bastante elevados, tal vez permanezcamos toda la noche en ella.

La viuda forzó una sonrisa.

—Me encantará, Murdock.

—A mí también —dijo el detective, y la besó, para corroborar sus palabras.

Sylvia no se mostró tan fogosa como antes.

Ni mucho menos.

Tras el beso, se separaron y Alex abrió la puerta.

—Le telefonearé cuando haya atrapado a la rubia asesina, Sylvia.

—Bien.

El detective salió del apartamento y caminó hacia el ascensor.

La viuda cerró la puerta y permaneció con la espalda apoyada en ella casi cinco minutos, muy quieta. Su cerebro, sin embargo,

estaba trabajando a cien por hora.

Por fin, se separó de la puerta y volvió al *living*. Se sentó en el sofá, cogió el teléfono, y marcó un número.

A los pocos segundos, respondía una voz femenina:

—¿Diga?

—¿Marnie...?

—Sí.

—Soy Sylvia.

—¿Ocurre algo?

—Sí, tengo malas noticias.

—¿Qué pasa?

—Murdock ha encontrado la forma de llegar hasta ti.

—¿Qué...? —exclamó Marnie.

—Me lo acaba de decir. Y añadió que es muy posible que te atrape esta misma noche.

—¿Cómo demonios...?

—No lo sé. No me dijo cómo había conseguido dar con tu pista. Estuve tentada de preguntárselo, pero no lo hice para no despertar de nuevo sus sospechas. Ese detective es un tipo condenadamente listo. Hay que eliminarlo, Marnie.

—¡Si no lo hubieras contratado...!

—Lo hice para convencerle de mi inocencia, ya te lo expliqué. Sospechaba de mí, así que no podía negarme. De todos modos, cuando acepté su proposición no pensaba que pudiera dar contigo por mucho que buscara.

—¡Pues te equivocaste, Sylvia!

—¡Tenía que contratarle, maldita sea! —se exaltó también la pelirroja—. ¿Cuántas veces he de repetírtelo...?

—Está bien, no discutamos. No solucionamos nada así. Si hay que eliminar al detective, se le elimina y en paz.

—Tienes que hacerlo tú, Marnie.

—Ya lo suponía.

—Esta misma noche.

—Dime cómo y dónde.

—Escucha...

La diabólica Sylvia le explicó a la rubia Marnie el plan que, en sólo unos minutos, había ideado para acabar con Alex Murdock y evitar que el detective privado descubriera todo el pastel.

Alex Murdock estaba cenando tranquilamente en un pequeño restaurante.

Se veía contento, muy contento.

Y, ciertamente, tenía motivos para estarlo, porque ahora ya sabía que Sylvia Grenfell era culpable y aquella misma noche lo demostraría. Era sólo cuestión de esperar pacientemente a que la rubia asesina entrase en acción.

El detective acabó de cenar, sin ninguna prisa, y abandonó el restaurante. Para hacer tiempo, dio un largo paseo con un buen cigarro entre los dientes.

No podía volver pronto a casa, pues se suponía que estaba tratando de llegar hasta la rubia asesina. Se fumó el cigarro con toda tranquilidad, saboreando cada milímetro de tabaco, y después fue en busca de su coche.

Cuando regresó a su apartamento eran casi las doce.

Fue directamente al *living* para servirse una copa antes de irse a la cama. Era un decir, pues Alex sabía de sobra que no se iba a meter en la cama, porque no le iban a dejar.

Ni siquiera le iban a dejar beberse la copa.

Si acaso, servírsela.

Efectivamente, todavía se la estaba preparando, cuando salió alguien del dormitorio esgrimiendo un revólver calibre 38, de cañón corto, con silenciador acoplado.

Era, naturalmente, la rubia Marnie, con sus apenas veintidós años, sus preciosos ojos azules, su boca tremendamente sensual, casi lasciva, sus soberbios senos, sus maravillosas piernas...

Alex la miró, aunque no con temor.

Ni siquiera con sorpresa.

En sus ojos sólo había admiración por el físico tan exuberante y tan tentador de la rubia asesina.

Marnie, como es lógico, se extrañó, porque estaba apuntando al detective con su arma y lo normal hubiera sido que éste denotara miedo. O, cuando menos, sorpresa.

Y ni siquiera parecía nervioso.

Prueba de ello es que Alex acabó de servirse la copa. con una tranquilidad pasmosa, y después se la llevó a los labios, diciendo con una sonrisa:

—Por ti, Marnie.

CAPITULO XIII

La perplejidad de la rubia asesina se acentuó considerablemente al oír que el detective privado la llamaba por su nombre.

—¿Cómo sabe que me llamo Marnie...?

—Sé eso... y muchas cosas más —aseguró Alex Murdock, después de ingerir un pequeño sorbo de licor—. Sabía, por ejemplo, que me estabas esperando en mi apartamento, oculta en el dormitorio, para liquidarme con ese revólver, siguiendo las instrucciones de Sylvia Grenfell.

La rubia abrió la boca.

—¿Cómo es posible que...?

—Le tendí una trampa a Sylvia. Es una mujer muy lista, pero yo tampoco me chupo el dedo y le gané la partida esta vez. No era cierto que yo hubiese dado con una importante pista que me iba a llevar hasta ti. Me lo inventé para que Sylvia se pusiera en contacto contigo y te advirtiera. Simulé que me marchaba, pero ni siquiera llegué a meterme en el ascensor. Regresé silenciosamente y pegué el oído a la puerta. Supe que Sylvia estaba al otro lado. Captaba su respiración furiosa y hasta los fuertes latidos de su corazón. Después, la oí alejarse y adiviné que iba al *living* para telefonearte. Esperé unos segundos y luego abrí sigilosamente la puerta. Muy poco, lo justo para oír lo que te decía. Así me enteré de todo.

La rubia enrojeció de ira.

—¡Maldito detective!

—Siempre no pueden salir las cosas bien, Marnie.

—¡Tú no vivirás para presumir de tu éxito, Murdock! ¡Te voy a liquidar ahora mismo.

Alex movió la cabeza.

—Sería una tontería, Marnie. Entregué a Sylvia a la policía. Y a ti te van a arrestar también. Están ahí afuera. Y son nada más que seis balas las que tiene el cargador de tu pistola. Si intentas escapar, serás tú la que no viva para contarlo.

La rubia miró hacia la puerta, nerviosa.

—Así que estoy atrapada, ¿eh?

—Del todo.

—¡He caído en una trampa, pero saldré de ella, Murdock!

—No hay salida posible, Marnie.

—¡Te equivocas! ¡Saldré contigo y amenazaré a los policías con incrustarte una bala en el espinazo si intentan detenerme!

—Lo harán de todos modos. Y puede que disparen antes que tú, para tratar de salvarme la vida. Tú morirás con toda seguridad, Marnie. Y quizá yo también.

—¡Tu muerte me servirá de consuelo, maldito!

—Piensa con la cabeza, Marnie. No es justo que la zorra de Sylvia, la responsable de todo, salve la vida y tú pierdas la tuya. Eres más joven que ella. Y aún más hermosa y deseable. No permitas que ese cuerpo serrano se lo coman los gusanos.

La rubia sintió frío.

Y es que ya parecía sentir los gusanos paseándose por sus pechos, por su vientre, por sus caderas, por sus muslos...

La cárcel era mala, pero eso era aún peor.

—No, no quiero morir —dijo, con voz temblorosa.

—Dame ese revólver, pues.

Marnie se lo lanzó y Alex la cazó al vuelo.

Un segundo después, el detective sonreía y confesaba:

—A ti también te he engañado, Marnie.

—¿Eh?

—No hay un solo policía ahí afuera. Es cierto que oí lo que Sylvia te decía, pero ella sigue libre. Cerré silenciosamente la puerta de su apartamento y me largué, así que Sylvia ignora todavía que estoy al corriente de todo. Le daré la sorpresa más tarde, cuando te haya entregado a ti a la policía.

La rubia sufrió un ataque de rabia.

—¡Me has tomado el pelo, bastardo!

—Era una forma de atraptarte sin violencia, preciosa. Y sin riesgo para ninguno de los dos.

—¡Te voy a sacar los ojos, hijo de Satanás!

—¡Quieta o disparo!

Marnie no hizo caso de la amenaza, como si supiera que el detective privado no pensaba accionar el gatillo, y se arrojó sobre él como una tigresa.

Cayeron los dos al suelo, pero Alex no perdió el arma.

Lo primero que hizo la rubia, que había quedado encima del detective, fue morderle la mano derecha, para que soltara la pistola.

Y lo consiguió.

Marnie intentó apoderarse de ella, pero Alex hizo girar su cuerpo con brusquedad y apartó a la rubia del arma, quedando ahora él encima de la chica.

La rubia disparó sus afiladas uñas hacia la cara del detective, buscándole los ojos. Afortunadamente, Alex anduvo listo y logró aferrarle ambos brazos antes de que las uñas femeninas le dejaran tuerto o ciego para siempre.

—¡Quieta, fiera! —dijo, apretándole los brazos contra el suelo, más arriba de la cabeza.

Marnie, consciente de que ya no podía defenderse con las manos,

recurrió a las rodillas. Intentó conectar la derecha en el bajo vientre del detective, para hacerle papilla lo que tenía de hombre, pero Alex le adivinó el pensamiento y se colocó entre las piernas de la rubia, bien encajado.

La chica pateó furiosamente, pero sin ningún resultado. No podía golpear al detective, se hallaba totalmente dominada por él. —Te aconsejo que te calmes, Marnie. Te tengo bien atrapada y no podrás escapar.

—¡Eres un hijo de puta, Murdock! —rugió la rubia.

—Y tú una chica muy mal hablada, Marnie.

—¡No quiero tenerte entre mis piernas! ¡Apártate, cerdo!

—¿Temes que te viole...?

—¡No me extrañaría nada!

—Me conformaré con un beso —sonrió Alex, y aplastó su boca contra la de ella.

Marnie agitó la cabeza, pero no pudo separar su boca de la del detective. Y la verdad es que, en el fondo, le gustó ser besada de aquella manera, tal vez un poco salvaje, pero tremendamente apasionada y excitante.

Cuando Alex levantó la cabeza, preguntó:

—¿Te ha gustado, preciosa...?

—¡Puerco!

Alex soltó una risita.

—Sé que me insultas para disimular, porque la verdad es que estás deseando que te bese de nuevo. Y hasta creo que te gustaría que te hiciese el amor.

—¡Vete al infierno, Murdock!

—Gozarías más que con Howard Grenfell. ¿O no llegaste a hacer el amor con él...?

—¡Naturalmente que no! ¡No hice el amor con ninguno de los tres hombres que asesiné! ¡Eran tres tipos repugnantes!

—¿Por qué los mataste? ¿Por dinero...?

—¡Claro!

—Sylvia te pagaba bien, ¿eh?

—¡Muy bien!

—¿Cómo entró en contacto contigo?

—¿Sylvia?

—Sí. ¿Cómo os conocisteis?

Marnie soltó una carcajada.

—¡Qué bueno!

—¿Por qué te ríes?

—¡Sylvia es mi hermana, pedazo de tonto!

La revelación de la rubia asesina dejó absolutamente perplejo a Alex Murdock.

—¿Que Sylvia y tú sois hermanas...?

—¡De toda la vida! —respondió Marnie, que seguía riendo burlonamente.

—Eso sí que no me lo esperaba —murmuró Alex.

—Y creías saberlo todo, ¿eh, detective listo?

—¿Cuál es tu apellido, Marnie?

—Wynn.

—Entonces, Sylvia, antes de contraer matrimonio con Howard Grenfell...

—Se llamaba Sylvia Wynn.

—Está claro. Sylvia quería librarse de Howard, pero como no podía matarlo personalmente, porque la hubieran pillado fácilmente, recurrió a ti.

—Exacto.

—No era cierto que Howard Grenfell se iba a la cama con rubias veinteañeras, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Marnie, riendo—. Si no podía cumplir debidamente con la fogosa de mi hermana, ¿cómo iba a...? Se lo inventó Sylvia para justificar su asesinato.

—Lo que yo suponía.

—Todo fue idea suya. Como lo de asesinar a otros dos hombres antes que a Howard, para que la policía ya supiera de la rubia asesina que liquidaba a sus amantes para robarles cuando ella denunciara el asesinato de su marido. De esa manera, nadie podría relacionarla con la muerte de Howard.

—A mí no pudo engañarme, Marnie.

—No me lo explico, la verdad. El plan de Sylvia era perfecto. No tenía un solo fallo.

—Yo conozco muy bien a las mujeres.

—Has tratado a muchas, ¿eh?

—La tira.

Marnie sonrió sensualmente.

—¿Sabes que empiezas a caerme bien, Murdock?

—¿De veras?

—Bésame otra vez. Y si te apetece hacerme el amor, no te reprimas, porque a mí también me apetece. Tenerte tanto rato encima, tan pegado a mí, me ha ido excitando poco a poco y...

Alex rió.

—Qué zorra eres, Marnie.

—¿Más que mi hermana...?

—No, creo que Sylvia y tú sois igual de golfas —respondió el detective, antes de besarla en los labios, con ardor.

EPILOGO

Marnie Wynn insistió en lo de hacer el amor, pero no logró convencer a Alex Murdock, quien adivinaba que la rubia confiaba en sorprenderle durante el acto sexual y dominar de nuevo la situación.

Lo que hizo el detective fue atarle las manos a la espalda con cinta adhesiva y luego llamar a la policía. Con brevedad, porque los detalles ya los daría después personalmente, relató lo sucedido y pidió que fueran al 215 de Stricker Street, para detener a Sylvia Grenfell, en el apartamento 18-C.

La policía, en efecto, se personó en el domicilio actual de la viuda de Howard Grenfell y la arrestó, con gran sorpresa por parte de Sylvia, que no se explicaba cómo había podido fallar Marnie.

Luego, los agentes de la ley acudieron al apartamento de Alex Murdock y se hicieron cargo de Marnie Wynn. El detective privado amplió los detalles de lo sucedido, facilitando una información completa a la policía, que no tuvo inconveniente en felicitarle por la habilidad con que había resuelto un caso tan difícil.

Cuando los agentes se marcharon, Alex consultó su reloj. Era ya muy tarde, pero no quiso acostarse. Tenía ganas de ver a Christie y contárselo todo, así que dejó el apartamento, subió en su coche, y se dirigió al apartamento de su secretaria.

Christie Blondell, naturalmente, se había acostado ya y llevaba un buen rato durmiendo, pero se despertó al oír el timbre, se levantó de la cama, se puso la bata, y acudió a abrir.

Adivinaba que se trataba de Alex Murdock, porque, a aquellas horas, no podía ser nadie más.

—¿Qué pasa, Alex...? —preguntó, cuando abrió la puerta.

—Ya está todo resuelto, Christie.

—¿De veras...?

—Te doy un beso y te lo cuento.

Minutos después, la secretaria estaba al corriente de todo.

—¡Qué razón tenías al sospechar de Sylvia Grenfell, Alex! —exclamó Christie.

—Sí. Lo que en ningún momento sospeché es que Sylvia y la rubia asesina fueran hermanas.

—¡Menudo par de pájaras!

—Y que lo digas. Por cierto, ¿sabes que también Marnie me propuso hacer el amor con ella?

—¡No!

—Sí, las dos querían llevarme a la cama.

—¡Qué par de zorras!

Murdock la abrazó y dijo:

—No te exaltes, Christie. Yo sólo me meto en la cama contigo.

—A eso has venido, ¿eh?

—No, pero ya que estoy aquí...

—Tengo la cuerda preparada, ¿sabes?

—¿Y para qué quieres tú una cuerda...?

—Para atarte para siempre a mí.

El detective rió.

—Nos casaremos cuando quieras, Christie.

—¿En serio...?

—Yo nunca falto a mi palabra —respondió Alex, y la besó en los labios con vehemencia, antes de tomarla en brazos y llevarla al dormitorio, para hacerla suya una vez más.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

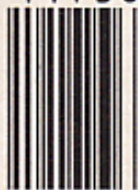
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España